NUESTRA

ESPAÑA

REVISTA MENSUAL

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
Monte Esquinza, 30-3.º dcha. - MADRID-4

I

Director: ALVARO DE ALBORNOZ

OCTUBRE, 1939

TRABAJOS DE ALBORNOZ, MARTÍNEZ BARRIO, POZAS, ASENSIO, PRATS, VÁZQUEZ, ALTOLAGUIRRE, LÁZARO, VÁZQUEZ HUMASQUÉ

NUESTRA
ESPAÑA

NUESTRA
ESPAÑA

Sumario:

— Editorial.
— CRONICIDAD DE LA REVOLUCION ESPAÑOLA, por Alvaro de Albornoz.
— LA TRAGICA SEMANA, por Diego Martínez Barrio.
— EL DISCURSO DE FRANCO O UNA PIFIA INTERNACIONAL, por Un tradicionalista auténtico.
— LA REBELION MILITAR Y EL PUEBLO EN ARMAS: EL CUARTEL DE LA MONTAÑA, por el General José Asensio.
— SALUDO A LA PRENSA.
— APUNTES: LA VUELTA DEL TESORO ARTISTICO, por Angel Lázaro.
— LA REBELION Y EL CAMPO, por Adolfo Vázquez Humasqué.
— PRESENTE Y FUTURO DEL FRANQUISMO. — LA NEUTRALIDAD DE ESPAÑA EN LA GUERRA DE EUROPA, por Alardo Prats Beltrán.
— MACHADO, por Manuel Altolaguirre.
— JULIAN BESTEIRO.
— LOS SOLDADOS ESPAÑOLES: PALABRAS DEL GENERAL POZAS.
— COMO MURIÓ UNAMUNO, por A.
— EL DERECHO DE GUERRA, por Jesús y Juan Vázquez.
— LOS GRANDES PRECURSORES ASTURIANOS DE LA DEMOCRACIA ESPAÑOLA.—EL "DIVINO" ARGÜELLES, por Juan de Oviedo.

Todos los originales que se publican en esta Revista son siempre rigurosamente inéditos.

Editorial

Decimos Nuestra España *sin dolor ni nostalgia de exilados; con profundo amor de hijos y entereza de ánimo de combatientes. De combatientes de la pluma y de la palabra, las armas de la paz, aunque no desconocemos el manejo de las que sirven en la guerra. Pero preferimos los proyectiles que rasgan las nieblas de la inteligencia a los que desgarran la carne y vierten la sangre. La historia de nuestra patria, singularmente la de sus luchas civiles, es una sangría renueva sin cesar en una tragedia eternamente infecunda. Queremos soterrar lo que hay en el espíritu de nuestro pueblo de cruel y feroz y alumbrar lo que suelta. Una sangría tan copiosa como estéril, que se hay en sus entrañas de bondad y de nobleza, de sentido misericordioso, de amor profundamente humano a la justicia.*

Nuestra España es la que fué en los momentos lúcidos de nuestra historia y la que será cuando la razón recobre sus derechos. Porque la violencia, que tantas veces le ha dado una máscara sombría, no es la veta única de nuestro subsuelo espiritual. Hay un manantial puro, un manantial pristino, de donde brota, con la poesía eterna de los romances y de las églogas, un pensamiento claro y diáfano, que frecuentemente va por cauce subterráneo, pero que reaparece en los instantes en que la pasión no nubla nuestros ojos ni ciega nuestras almas. Este pensamiento, desfigurado, retorcido, enturbiado por ambiciones que no han nacido en nuestro suelo, brilla con luz serena en la españolísima doctrina de un Pi y Margall, tan

FUNDACICN
PABLO IGLESIAS

clara como fuerte e incorruptible el espíritu de los poetas, estadistas y soldados que hicieron el haz de pueblos en que se manifestó en otro tiempo esplendorosa la verdadera y fecunda unidad hispánica.

Nuestra España es hoy la España de los maestros sin cátedra, de los labriegos sin campo que cultivar, de los artesanos sin oficio, de los obreros sin trabajo, de las mujeres y los niños sin hogar, lanzados en masa a la emigración: España en el destierro. Y también la España que queda allá, sufriendo los rigores de la tiranía, bajo el caporal, el capataz, el esbirro y el verdugo, en las fábricas transformadas en cuarteles y en los cuarteles convertidos en prisiones, en las escuelas transformadas en cárceles, en los campos de concentración y en los presidios, u oculta y errante entre el acoso de la persecución y el terror del patíbulo. Y también la que yace en las tumbas, bárbaramente inmolada, mutilada aun después de la muerte, con una mueca horrible que incitaría a la venganza más espantosa si fuesen capaces de ella los que tienen el alma sensibilizada por el lento dolor y la profunda experiencia humana.

A esta España nuestra quiere servir "Nuestra España". Con las plumas insobornables que jamás claudicaron. Con las voces rebeldes, irreductibles a la mordaza, que jamás callaron y resonaron en otro tiempo desde el fondo de las cárceles o se alzaron ante los Consejos de Guerra. Los que aún pueden hablar y escribir se esforzarán en interpretar el silencio de los que callan a la fuerza y llevarán la voz de los mudos. Será así articulada en estas páginas la inmensa sinfonía del dolor de España, dolor que es preciso convertir en la esperanza de un renacimiento inmortal.

CRONICIDAD
de la REVOLUCION ESPAÑOLA

por ALVARO DE ALBORNOZ

La idea de la guerra civil es en sí misma una idea fecunda, como lo es la idea de la guerra de clases, como lo es el principio universal de la lucha por la vida. Sólo la guerra civil—decíaNapoleón—hace a los hombres valerosos. De la guerra civil, crisol de las naciones, salen todos los pueblos que irrumpen valerosamente en la historia. De la guerra civil—un trono hundido y un rey decapitado—surge la Inglaterra de Cronwell y la Inglaterra que por primera vez interviene victoriosamente en los acontecimientos de Europa sale de la segunda revolución. La guerra civil es la matriz de la Francia moderna. La Francia de Enrique IV y de Richelieu sale de las guerras de religión. La Francia de Luis XIV y del gran Turena sale de las guerras de la Fronda. La Francia de Austerlitz y de Jena sale de las guerras de la Revolución, de los horrores de la Vendée y de las locuras del Terror. La Francia de 1914, como esta de 1939, la Francia del valor sereno, digno y grave, sin paradas ridículas ni mascaradas grotescas, del valor moral, del heroismo espiritual, es la Francia de la guerra civil —Mac Mahon, Boulanger, Dreyfus—la Francia purificada y ennoblecida por la guerra civil. En la guerra civil se consolida, sino se forja—la guerra contra la esclavitud, la lucha civil por la dignidad humana—, la gran República de los Estados Unidos. Como estas palabras van dirigidas principalmente a los conservadores de nuestros pueblos, no hacemos hincapié en

FUNDACION PABLO IGLESIAS BIBLIOTECA

el caso de Rusia, cuya aparición en el escenario europeo señala el comienzo de una guerra civil que tiene su templo monumental en la plaza roja de Moscú, en el Kremlin empedrado de cabezas y empenachado de sangrientos despojos.

Pero la guerra civil es en los grandes pueblos de poderoso aliento vital, que no cultivan morosamente lo patológico ni sienten la vocación del suicidio, un momento de conflicto agudo entre las viejas fuerzas y las fuerzas nuevas que pugnan por prevalecer. En nuestra desventurada España, la guerra civil es lo permanente, lo crónico; se podría decir, lo trágico cotidiano. Desde que "liberales" y "serviles" comienzan a insultarse desde las tribunas de las Cortes de Cádiz y a entregarse unos a otros al verdugo, hasta el momento en que estas líneas se escriben, no cesan el odio y la matanza. Los españoles son los **dilettanti**, los "virtuosos" de la guerra civil. Cultivando el tipo por medio de la selección más rigurosa—se podría decir artística, se podría decir científica—llegan a producir el esbirro a lo Chaperon y a lo Francisco Chico, el monstruo a lo Cabrera y a lo Rosa Samaniego. No les basta el fusilamiento e inventan refinamientos como la paella famosa de Busjasot o la sima trágica de Igúsquiza. Bautizan a sus asociaciones criminales con nombres religiosos, como **El Angel Exterminador**. Son unos bandidos y se titulan **Los Apostólicos**. Llaman a los **tormentos** purificaciones. Cuando no pueden vencer al enemigo lo cazan a lazo o con reclamo, como aquel Moreno, claudicante y perverso, que atrae a las playas de Málaga al infortunado Torrijos. La Inquisición, con sus autos de fé, fué menos cruel, y, desde luego, mucho menos cínica. El cinismo brutal de un Arlegui y de un Martínez Anido tiene este abolengo, y de esta estirpe son los asesinos que practican ahora el crimen totalitario.

Todos los pueblos, aún los más grandes y civilizados, tienen en su historia páginas horribles de violencia, ennegrecidas por el crimen y rojas por la sangre. En España, la violencia es lo

usual, lo diario, el café con gotas, y cuantas más gotas mejor, de los que hacen del arte del gobierno un medio de exterminio. Hasta los hombres como Espartero, buenos y pacíficos fuera de la guerra, fieles a la religión del honor caballeresco, son capaces de atrocidades como el fusilamiento de D. Diego de León—las balas que atraviesan la "Laureada" arrancada con la punta de la lanza invencible—y del romántico Montes de Oca, enamorado de su reina. Narváez tiene la obsesión de llenar los cementerios. Las sentencias de muerte desbordan de "La Gaceta" y corren por las provincias, despertando el escalofrío, en los Boletines oficiales. Un día es ahorcado un pobre sastre, el desventurado Manuel Gil, porque ha arrojado un ladrillo desde su buhardilla; otro día es fusilado el héroe Martínez Zurbano. En Navarra, en Cataluña, en Valencia, en Madrid, caen agujereados a balazos los bravos oficiales de la guerra civil. En un solo día caen en el Arahal cien republicanos bajo los fusiles del pelotón de ejecuciones. La célebre noche de San Daniel deja sobre los adoquines de la Puerta del Sol once muertos y ciento noventa y tres heridos. Hasta el frío O'Donnell se contagia de la locura homicida y se lanza a la tragedia, que comienza con las horcas de Badajoz y culmina en los sesenta y seis fusilamientos del Retiro, en medio de cuya sangre amenaza hundirse—y zozobra al cabo—el trono de Isabel II. Así se educa en la violencia a los de abajo, indisciplinados, rebeldes, y también crueles cuando pueden. Así se difunde la insensibilidad ante la muerte y se propaga la indiferencia ante el delito. Así se cultiva el bárbaro desprecio del dolor humano, en que se llega a los martirios de Montjuich y a los crímenes del Sindicato Libre de Barcelona, a la cruel represión de la revolución de Asturias y a estas represalias feroces con que se inaugura en España, después de una victoria que no es sino una tregua, un régimen que pretende ser nuevo y surge de lo más viejo y podrido de la sociedad española.

Todos los pueblos han tenido su revolución o sus revolu-

ciones; un momento o varios momentos de su historia; días de excesos y de crímenes, provocadas por la ciega resistencia del Poder o de las clases dominantes. Pero, después, largas etapas de paz y de trabajo, de vida civil, de tranquilo y glorioso desenvolvimiento de las ciencias y de las artes. En España, la revolución es lo permanente. Apenas concluye una, ya estalla otra. Después de la gran revolución constitucional, en medio de la guerra de la Independencia, y tras la primera reacción fernandina, la revolución de 1820. Sin contar los alzamientos y motines durante "la ominosa década", resultado de la permanente conspiración, la sublevación de la Granja. A los pocos años, la revolución de 1840. Tras unos lustros de dominación moderada, la revolución de 1854. Después, cerrando un período de nuestra historia, la revolución nacional de 1868. Y todas estas revoluciones cruzadas, y complicadas por las guerras civiles, en España y fuera de España. Más tarde, bajo la paz aparente de la Restauración, la eterna conspiración republicana y la siempre renaciente conspiración carlista. Y así se llega a este agitado y turbulento siglo, en que los chispazos revolucionarios se suceden en la Península, hasta que se producen acontecimientos que no es preciso recordar porque están en la memoria de todos.

Es la revolución eternamente frustrada. Los conservadores se felicitan de ello, y baten, cada lustro o cada bienio, palmas ante la reacción triunfante. Grave error de los conservadores españoles. Porque la revolución frustrada no es la revolución vencida; es la revolución siempre latente. La revolución frustrada renace siempre, amenaza sin cesar, es una permanente perturbación. Las revoluciones frustradas se enredan como las cerezas. Sobre la revolución frustrada, aparentemente dormida, no hay descanso posible, ni paz posible, ni trabajo posible. Mirar a las cárceles y a los cementerios para asegurarse del orden y de la tranquilidad es en los gobernantes un caso de estrabismo. La revolución frustrada parece que concluye y empieza de nuevo, vuelve siempre. A vencer o a

perturbar, a alcanzar el triunfo o a mantener la protesta. La revolución frustrada es la revolución intermitente, la revolución larvada, la revolución endémica. Es la revolución crónica que padece España.

La revolución es en España crónica porque, en vez de encauzarla, de dirigirla, los conservadores españoles, ciegamente obstinados, han querido siempre aniquilarla. Por eso la revolución española, que comienza con la primera etapa constitucional, se prolonga, durante más de un siglo, hasta nuestros días. Porque llegan hasta nosotros, agravados, como es natural, con el transcurso del tiempo, los mismos problemas. Porque se alzan ante nosotros los mismos obstáculos: la gran propiedad feudal, la Iglesia intransigente y fanática y el Ejército reaccionario. Un Ejército de dominación, formado en los pronunciamientos y en las cuarteladas, y que ha tenido en los últimos años, para alzarse en criminal rebeldía, las sugestiones de violencia que pululan en los ambientes dictatoriales.

Pero la dictadura no es la paz; es la guerra. Y más en un pueblo belicoso, insumiso y rebelde como el nuestro. Es un error creer que la guerra civil ha terminado en España. Sigue y seguirá mientras los motivos de división y de discordia no desaparezcan. La revolución no ha sido destruida en España. Continúa y continuará mientras subsistan las causas que la han engendrado. Lo que ha comenzado hace unos meses no es sino una nueva fase de la guerra civil y de la revolución españolas.

En el próximo número de

NUESTRA ESPAÑA

entre otros interesantes originales,

Lo que se Siembra de Joven...

Bellísima narración por el insigne escritor y glorioso periodista

ROBERTO CASTROVIDO

Emociones de la guerra civil y de la revolución, de los bombardeos de Valeucia y Barcelona, del éxodo a Francia y de la travesía a México. Nostalgias de la patria y de la libertad. Impresiones y recuerdos de la Habana.

La Trágica Semana [1]

por DIEGO MARTINEZ BARRIO

El domingo 12 de Julio me encontraba pasando la vacación parlamentaria en la playa de la Malvarrosa de Valencia. Allí, frente al mar azul, puse en orden mis ideas. Acababa de relatarme los incidentes tumultuosos de la noche anterior. Unos desconocidos habían invadido las oficinas de "Unión Radio" de Valencia, apoderándose de los aparatos y utilizándolos para comunicar a los radioyentes que dentro de unas horas o de unos días estaría implantado el régimen fascista en España. La inmediata reacción del pueblo valenciano fué lanzarse a las calles, asaltar el Centro de la Derecha Regional, Casa central del Partido de Acción Popular, quemar su mobiliario y solicitar de las autoridades el rápido castigo de los fascistas provocadores. Me pareció el suceso de mayor importancia que los análogos o semejantes de las anteriores semanas. La derecha política, que utilizaba todos los medios legales a su alcance, la prensa, la tribuna y el Parlamento, se quitaba la máscara y se disponía a la lucha ilegal y violenta. ¿Estaban desbordados sus jefes visibles, o despechados por la actitud, aparentemente fuerte, del gobierno se disponían a que la fuerza dijera su última palabra?

Resolví acortar las horas de descanso que me había concedido, y dispuse mi regreso a Madrid. Entre la una y dos de la madrugada del lunes volví a mi casa. Madrid ofrecía el aspecto corriente de aquellos días, con sus calles un poco de-

(1) Del libro en preparación "La rebelión contra la República".

siertas, a pesar de lo adelantado de la estación estival. Por lo demás, nada. Tranquilidad y silencio. Me despertaron, a poco de amanecido. El teléfono de mi despacho repiqueteaba con furia y una voz, que me dijeron era la del Vicepresidente de las Cortes, Conde de Vallellano, denunciaba, angustiada, la desaparición de su domicilio del diputado Sr. Calvo Sotelo.

Al pronto supuse que se trataría de una detención gubernativa, decretada en evitación de que las actividades del diputado por Orense adquirieran mayor gravedad que la que venían señalando los servicios policiacos de información. Pero mi creencia se desvaneció en seguida. El Ministro de la Gobernación, Sr. Moles, con quien conferencié por teléfono, me aseguró que no se había dictado ninguna orden de prisión contra el Sr. Calvo Sotelo. Al Ministerio empezaban a llegar noticias del suceso, contradictorias y confusas. Se ignoraba el paradero del jefe derechista, aunque empezaba a relacionársele con lo efervescencia producida en los Cuerpos de Asalto por el asesinato del Teniente Castillo, ocurrido en las últimas horas del domingo.

Me alarmé y sospeché que existiera una dramática relación entre un hecho y otro. Mi nueva conferencia telefónica con el Sr. Moles estuvo dedicada a ponerle de relieve la gravedad de que suceso de tal monta fuera desconocido del Gobierno. No necesitaba el Ministro ninguna excitación mía para angustiarse. Lo estaba, realmente. Comprendía, como yo, y cualquier otro, su desagradable situación de Ministro mal informado y peor servido, al que se podían hurtar noticias importantes, conocidas ya por numeroso público. Convinimos en que redoblaría la diligencia de sus subordinados para encontrar al Sr. Calvo Sotelo y rescatarlo del poder de sus secuestradores, si, como se temía, se encontraba detenido.

Pasaron las horas. Al filo de las once, los Sres. Amado, Fuentes Pila, Conde de Vallellano y Albiñana, se presentaron en mi casa. Iban a inquirir noticias, pues las últimas que co-

nocían—hallazgo de una camioneta con manchas de sangre, en la que se suponía había sido transportado el Sr. Calvo Sotelo— aumentaban sus terribles presagios y temores.

La entrevista fué interrumpida por un golpe de teléfono. Me llamaba el Subsecretario de la Presidencia, Sr. Esplá. Entrecortadamente me comunicó la noticia que acababa de recibir: el cadáver del Sr. Calvo Sotelo había aparecido en el Cementerio del Este. Se desconocían toda clase de detalles.

Ignoro cual sería la expresión de mi rostro, cuando, al salir del despacho donde tenía instalado el teléfono, me dirigí al en que se hallaban mis visitantes.

¡Muerto!... dijo el Sr. Fuentes Pila, al mirarme. Incliné la cabeza y asentí. Cada uno de los que allí estábamos acusó la reacción que le causaba la noticia. El Sr. Fuentes Pila prorrumpió en palabras de venganza; permanecieron silenciosos y sombríos Vallellano y Amado; Albiñana, lloró. Yo sentí la impresión de que todas las treguas estaban terminadas y disipadas todas las esperanzas de concordia. Las Españas irreconciliadas e irreconciliables se colocaban frente a frente, con las pistolas en las manos. Cualquier intento de mediación era ya inútil. Resucitaba la pugna histórica, y blancos y negros (ahora, azules y rojos) reanudaban el diálogo sangriento.

Al quedarme solo, seguro de la inminencia del peligro, quise conjurar sus primeros brotes. Llamé al Presidente del Consejo de Ministros, Casares, y le expresé mi opinión de que se suspendiera la sesión ordinaria de Cortes, convocada para el día siguiente.

Casares se opuso. El Gobierno, que deploraba, como todos los ciudadanos, la muerte del Sr. Calvo Sotelo, no podía aparecer temeroso del ataque y de las críticas de las oposiciones. El aceptaba la responsabilidad que por imprevisión o desconocimiento pudiera corresponderle.

Yo no quise ceder, tampoco. Si el Gobierno se resistía a tomar la iniciativa de suspender por un plazo prudencial las

sesiones de Cortes, la tomaría yo. Es posible que al hacerlo desbordara mi autoridad presidencial, y me sustituyera en funciones ajenas, pero el peligro se me aparecía tan evidente que no dejaba plaza a la menor vacilación y tibieza. Donde el Gobierno se resistía a resolver, resolvería yo por mi propia cuenta. Después de todo, quizás fuese lo mejor, pues nadie podría decir que el Ministerio rehuía un debate al que las oposiciones iban a llevarlo seguramente.

El Presidente del Consejo, un poco malhumorado, se allanó por fin. Su natural arrogancia le inclinaba a defenderse de cara a los enemigos políticos, que en el cadáver del Sr. Calvo Sotelo habían encontrado un argumento y una bandera.

La sesión se suspendió, y como era preciso discutir, y a ser posible aprobar, la prórroga del estado de alarma, que vencía el día 16, convoqué para el 15 la Diputación Permanente.

Pocas veces me he sentido más satisfecho de una resolución política, como la de suspender las sesiones de Cortes a raíz de la muerte del Sr. Calvo Sotelo. Los hechos posteriores, el alzamiento militar del día 17, confirmaron mis provisiones. Si se hubiera celebrado sesión el martes 14, habría terminado a tiros. Habría obligado al Gobierno a distraer su atención, de las que eran, o debieron ser, sus principales preocupaciones, y dado motivo a que la tensión del ánimo público se tradujera en colisiones violentas.

Mis órdenes dejaron al Ministerio, y singularmente a su Presidente y el Ministro de la Gobernación, respiro bastante para prevenir y afrontar la subversión militar que todos advertíamos.

No fué esta la única ventaja.

EL DISCURSO DE FRANCO
O UNA PIFIA INTERNACIONAL

por UN TRADICIONALISTA AUTENTICO

El caudillo sin ejércitos y sin victorias, elevado a la cumbre del poder por los cañones y los aviones extranjeros, sobre las ruinas de un país destrozado por la barbarie mercenaria, ha querido invocar la tradición católica como fundamento del nuevo (?) Estado español. Y en un discurso leído en la Lonja de Zaragoza, como la de Valencia monumento del arte árabe, y, por lo tanto, glorioso testimonio del Islam, proclamó a la virgen del Pilar capitana de la rebelión fascista y la declaró universal Mediadora del Imperio español archicatólico levantado con el esfuerzo de las huestes mahometanas, de los soldados alemanes, consagrados a Odino y a Wotan, y de los soldados italianos, los que entraron por la Puerta Pía en 1870 para despojar al Papa de una corona que no ha rescatado ni, según todas las señales de los tiempos, rescatará.

Difícil es, aunque no lo parezca a los obispos de misa y olla y a sus acólitos los generales analfabetos, invocar la religión como fundamento de la unidad hispánica. La formación religiosa del espíritu español se debe, no a una religión, sino a tres: la mahometana, la judáica y la católica. Esto sin contar con la huella indeleble del paganismo, al que se deben las primeras manifestaciones de nuestra cultura y que todavía impera en nuestras costumbres, empezando por la fiesta de toros. El fanatismo español mahometano, es bereber, africano, degeneración del fino, culto y tolerante espíritu árabe que hizo

las maravillas de Córdoba y Granada, sus palacios y sus bibliotecas, sus cátedras y sus mezquitas, su ciencia universal y su arte incomparable. El espíritu acucioso de rábulas y teólogos, de licenciados y doctores, ya se aplique a la Biblia o al Talmud, a la **Summa** o al Digesto, judáico es. Del catolicismo verdadero, que no consiste en andar a tiros, como los antiguos obispos de horca y cuchillo y los clérigos de la raza de los Merino y los Santa Cruz, antaño carlistas y hogaño fascistas, no le queda a la religión oficial de España más que la pompa y la teatralidad. Y es esa mezcla de mahometismo, de judaismo y de catolicismo lo que todavía prevalece en el espíritu religioso español, divorciado de la cultura moderna desde los tiempos del Eramismo, y, sobre todo, desde la gloriosa culminación del Concilio de Trento.

Cabe, sin embargo, invocar una gran tradición católica española. Y esto en varios sentidos o direcciones. La Iglesia medioeval de los concilios toledanos, de la que es lumbrera San Isidoro, cuya teología tiene el sentido humano y constructivo del derecho; la Iglesia que tiene en sus altares a San Fernando, espejo de reyes valerosos, buenos y tolerantes; la Iglesia combatiente y fanática, pero austera, de Santo Domingo de Guzmán; el catolicismo del gran Cisneros, impulsor de la cultura hispánica con su Universidad alcalareña y su egregia "Políglota" y reformador implacable del clero desmoralizado y de las corrompidas órdenes monásticas; la Iglesia militante de San Inacio de Loyola, un auténtico soldado de la fé; el catolicismo de los Salmerón y los Laínez, que resplandece en Trento a la altura de la civilización universal.. O bien el catolismo de los místicos, de Santa Teresa, la santa española, la santa castellana, a un tiempo soñadora y fundadora, verdadera piedra angular de la fé esclarecida y reformadora; del poeta San Juan de la Cruz; del admirable Fray Juan de los Angeles, cuyo castellano, el más bello, tal vez, que jamás se haya escrito, embelesa; de Fray Luis de León, el de las páginas de oro de "Los nombres de Cristo", que sería único si no existie-

ra Fray Luis de Granada; de los ascetas y moralistas que a un tiempo levantan el pensamiento a Dios y lo sujetan a la tierra dura e inhospitalaria. El catolicismo de los teólogos que fundaron el Derecho de Gentes, los Suárez, los Vitoria, maestros de la ciencia en Europa. O ya el catolicismo que, con el Padre Feijóo, el insigne polígrafo de Oviedo, pretende remontar la tradición medioeval que culmina en la Contra Reforma; el catolicismo de los grandes regalistas del siglo XVIII; el catolicismo liberal de los Muñoz Torrero y de los Martínez Marina. Lo que no se puede hacer, y menos cuando se pretende pasar por un hombre de Estado, es ponerse al nivel de las beatas de Zaragoza y de los pillos que se manifiestan a lo largo de la calle de Alfonso y a las puertas del venerado templo con el breviario en la mano a fin de sorprender el crédito público. Lo que no se puede hacer, por muy marcial que se sea, es montar en un borrico y decir a la civilización ¡chufla! ¡chufla!, como el baturro del cuento. A Zaragoza sólo puede ir un hombre de Estado español a invocar la gran tradición política aragonesa, la más democrática de España; la tradición de las Cortes y del Justicia, del fuero de "manifestación" o de "habeas corpus", enterrado por el despotismo centralista y uniformista de los Austrias—el totalitarismo del siglo XVI—bajo el patíbulo de Lanuza.

Lo que sucede es que el pretendido Imperio español, caricatura de régimen trazada sobre el mapa de la Península por las bayonetas extranjeras, se encuentra sin base nacional. Los que ignoraban que Mussolini es un ateo, autor del célebre libro "Dios no existe", ven ahora claro, ante la total ausencia de escrúpulos de Hitler, lo que hay, no ya de espantosamente acomodaticio, sino de anticristiano y de impío en una política materialista para la cual todos los medios, aun los más reprobables, son buenos. Y el aprendiz español de dictador, el discípulo, un poco rezagado, de Mussolini y de Hitler, siente que la tierra le falta bajo los pies y quiere asirse a lo que a él, en su limitación mental, le parece que hay de más popular en

el viejo espíritu español: el baturrismo castizo; la virgen del Pilar, que antes decía que no quería ser francesa y ahora dice, por lo visto, que quiere ser fascista. No le faltó al Generalísimo sino alzarse también con el Cristo de la Seo...

Pero esto no pasa de ser una pirueta grotesca. Y es tal su fuerza cómica que la risa, a borbotones, se escapa de los labios más graves y más diplomáticos. Si las Cancillerías, en medio de las abrumadoras preocupaciones de esta hora incierta y tenebrosa, pudieran prestar atención a semejantes nonadas, el trágico aprendiz español de hombre de Estado habría hecho una pifia de verdadero alcance internacional.

La Rebelión Militar y el Pueblo en Armas:

EL CUARTEL DE LA MONTAÑA

por el GENERAL JOSE ASENSIO

Una vez más, como en el siglo XIX, un levantamiento militar, preparado para el 18 de Julio puso en peligro la paz de España y sumió a los españoles en una lucha fratricida que ha dado lugar a una guerra de independencia, de las más cruentas que registra la historia del mundo.

Los militares de maldita casta, que, olvidándose de sus deberes ciudadanos, querían detentar el poder y derrocar el régimen democrático de España, hicieron, como en el siglo anterior, uso de la fuerza que constituía el brazo armado de la patria, de los hijos del pueblo en servicio militar obligatorio, apelando a la férrea disciplina y subordinación militar, que la República no había destruido, fiando en la palabra de honor de los que, dignos hijos de Torquemada, de Carlos II y de Fernando VII, la traicionaron y la vendieron a invasores italianos y alemanes, que asolaron el país con una guerra totalitaria y bárbara, y hoy esquilman la riqueza nacional y se lucran con la debilitada economía española, en detrimento del resto del mundo que tiene intereses en España.

En el Ejército imperaba, en Julio de 1936, el despotismo, fortalecido por una férrea disciplina, en manos de Generales incapaces, forjados a fuerza de intrigas palatinas y que fueron los primeros Iscariotes que abandonaron al ex-Rey y le obli-

garon a huir, para ver si así, con una subordinación ciega y estúpida, seguían medrando con sediciones, forjadas para combatir lo existente y sublevándose en contra de su mismo pueblo, en nombre de una política que no podían sentir, encerrándose en los cuarteles y saliendo a la calle con fuerzas mercenarias del tercio y moros de Regulares y Mehal-las, con tambor batiente y banderas desplegadas, e invocando una justicia que ellos mismos violaban y destruían, matar a sus semejantes, como lo siguen haciendo hoy.

Desde que las derechas fueron apartadas, en 1936, de la gobernación del país, el pueblo—consciente de que la política de la época anterior nos llevaba al desastre, y, queriendo una República asentada sobre las bases de igualdad moral, libertad civil y tolerancia política, con una buena administración, que hiciese imposible volver a los tiempos caóticos y de desenfreno gubernamental de los partidos de centro y derecha, que en beneficio del capital deseaban aniquilar la República y los progresos sociales que se habían logrado—, se mantenía vigilante, intensificando la organización de las Milicias de las Juventudes Socialistas, dirigidas por el Comandante Arturo González Gil, que murió heróicamente en la Sierra de Guadarrama, en los primeros días de la rebelión de los militares perjuros y traidores. Estas milicias socialistas, que tenían un carácter sportivo y de educación física de la juventud, eran constantemente provocadas por las organizaciones falangistas, que llegaron en varias ocasiones a la agresión armada y atentados contra los instructores, cual aconteció con el Capitán de Ingenieros Faraudo, que fué vilmente asesinado por los pistoleros fascistas en Junio, y pocos días después caía el Teniente Castillo, del 2º Grupo de Guardias de Asalto, sin que por la masa obrera se señalase ninguna represalia contra las turbas de vagos y señoritos que al servicio de la reacción y del jesuitismo querían sembrar el terror, para justificar una campaña y golpe que al fin se dió con la sublevación militar del 18 de Julio.

La policía y el Gobierno se mantenían ciegos y sordos ante esta serie de provocaciones, pero una gran angustia y ansiedad se apoderaba de los militares que luego hemos permanecido leales a la Constitución de 1931, y que ni éramos absolutistas ni militaristas. Pero quien más presentía lo que se avecinaba eran las masas proletarias, que veían con mucha mayor claridad que los órganos estatales los manejos de los dirigentes de los partidos de centro y derecha y de los jerarcas militares que, con falsas propagandas, querían a toda costa provocar disturbios y malestar en la población, creando dificultades al Gobierno para justificar el movimiento militar que, siendo una subversión contra los poderes legítimos del Estado, apareciese como la defensa del mismo contra una política comunista que ni existía ni podía existir, pues los afiliados a ese partido eran muy escasos antes de Julio de 1936 y el Gobierno aun no había establecido relaciones diplomáticas con la U.R.S.S., cuyas gestiones preliminares iniciaba con entusiasmo y celo en París el entonces Embajador de la República Sr. Cárdenas, que hoy, en recompensa a su traición y deslealtad, se encuentra como Embajador en Washington de la España dominada y al servicio de Italia y Alemania, que pretende encubrir su verdadera actitud en este conflicto bélico con una hipócrita y falsa neutralidad benévola como la de 1914-1918, más peligrosa para las democracias que una beligerancia descarada.

Muchas voces se alzaron advirtiendo los peligros al Gobierno. Eminentes hombres públicos de izquierda lo hicieron presente en la Cámara. Organos de la prensa expresaban también sus temores. Republicanos de pura cepa, algunos de los cuales pasaban por el dolor de haber visto a sus hijos más queridos inmolados por la libertad, víctimas de la cruel represión del poder como consecuencia de los sucesos de octubre de 1934, elevaron su voz, dijeron cuanto habían visto y cuanto habían oido en Africa: las escenas de aquellos militares cien veces traidores a su patria, que utilizaban sus puestos

de mando para desafiar con matonismo y aherrojar a la población civil, adquirieron publicidad. Esto creaba una situación de nerviosismo, pero nerviosismo consciente, de unión de todos los hombres que, pensando en republicano y en republicano democrático, dedicados al cultivo de la ciencia y de las letras, querían que la paz de España no se turbase, pues una sedición militar sería la guerra y el crimen.

Lo ocurrido en las maniobras del Ejército de Africa, el desfile de las fuerzas de Marruecos en el Llano amarillo del Riff, las bravatas y alusiones de los legionarios de Yagüe, en su mayoría alemanes, filiados para ser la base de lo que luego se llamó "Legión Condor"; el viaje de Sanjurjo de Portugal a Alemania; el asesinato del General Balmes por el Comandante Militar de Canarias; la reunión en el Monte de la Esperanza de Tenerife de Franco y otros el 17 de Mayo; el viaje de Franco a las Palmas; la reunión de los Generales Mola, Orgaz, Fanjul y otros en Pamplona, con motivo de las fiestas de San Fermín (7 de Julio), de la que tuvo conocimiento el Gobierno por el Comandante de la Guardia Civil Medel, que denunció asimismo la exploración que el General Mola le había hecho para saber cual sería la actitud del Instituto en el caso de declarar el "Estado de guerra" contra el Gobierno, por lo que luego fué fusilado en Pamplona; el viaje de Yagüe a Madrid y Burgos, y su inesperado regreso a Ceuta, engañando y traicionando al Ministro de la Guerra, Casares Quiroga, ante quien lloró como una mujer, jurando su fidelidad a la República, y las reuniones clandestinas de la oficialidad de la U.M.E., con la consigna de la "periferia al centro" y la "marcha sobre Madrid", eran datos más que sobrados de lo que se tramaba, y de la inocencia de un pueblo que, si luego ha sido vencido, sufriendo su derrota, y, hoy es fusilado casi en masa o sufre torturas en los campos de concentración, no lo fué por su conducta, sino por las apetencias de los países totalitarios que hoy se reparten Polonia, de la mano con los que querían combatir en España.

Se vivían los días de la segunda decena de Julio y los rumores se acentuaban cada vez más. De los propios militares antifacistas, de los que constituíamos las peñas republicanas del Cortijo, de Casa de Alvarez (el Pasaje), del Oro del Rhin, Negresco, Colón y tantos otros sitios, así como de los militares que pertenecíamos a la Unión Militar Republicana Antifascista, se levantaban voces por las que se llegaba incluso a pedir la disolución del Ejército y el apartamiento de los mandos militares que, como Yagüe, Franco, Goded, Mola, etc., se sabía estaban conspirando, abusando de la situación en que el propio Gobierno les había colocado.

No se efectuó la disolución del Ejército; los rumores de una agresión se hacían cada vez más persistentes. Se desarrollaron sucesos que están en la memoria de todos los españoles; el día del Carmen, antigua patrona de la Marina de Guerra, llegaron las primeras noticias, que causaron estupor, de los sucesos acaecidos en Melilla, en donde fué inmolado el General Manuel Romerales, hombre demócrata y republicano, y que había luchado contra la traición en unión de todos nosotros anteriormente. La situación era grave. Aquella noche fueron acuarteladas, por orden del Gobierno, las fuerzas, y nuevamente, con insistencia, pedíamos que fuera disuelto el Ejército y que se aprovecharan las Clases y los Oficiales, que sabíamos nos eran afectos, para encuadrar las milicias que existían, formadas en las sociedades obreras; aquellas milicias que hemos dicho antes habían sido víctimas de agresiones cuando, como sociedades deportivas, realizaban ejercicios de educación física en los alrededores de Madrid.

Recuerdo con verdadera emoción la salida del Teniente Coronel Camacho, Comandante Páramo y otros aviadores para Getafe. Les recomendamos que evitaran la salida del General Núñez de Prado para Africa, ordenada por Casares Quiroga, pues ya su presencia no hubiera evitado la sublevación, y habría sido inmolado, como lo fué Romerales, y como también lo fué el mismo, por el traidor Cabanellas, en Zaragoza.

Aquella misma noche, el 16 de Julio, a muy altas horas de la madrugada, insistían Fuentes (Andrés), Palacios, Galán (Juan), García Jiménez, Mangada, Barceló, Enciso y algunos otros, en unión mía, en la necesidad de disolver urgentemente el Ejército, aunque ya parecía tarde, y en la formación de una especie de Somatén con las milicias socialistas, encuadradas y apoyadas por las fuerzas de orden público. Quizás si se hubiese hecho esto se hubiera podido evitar todavía el movimiento, y de esta forma no habríamos llegado a la desarticulación total del organismo armado, como ocurrió posteriormente, y hubiéramos tenido por lo menos todos los fusiles del Ejército en las manos de los dirigentes del Pueblo.

Armar al pueblo, pero armar al pueblo debidamente encuadrado por mandos técnicos de confianza, y levantar el acuartelamiento, era la salvación. No armar al pueblo como instrumento para una venganza, sino para la defensa de la paz pública, que se veía amenazada y en auxilio de la cual habíamos de acudir por la necesidad imperiosa de salvar a España y hacer respetar sus leyes.

No es posible olvidar aquellas noches memorables en que ya las Sociedades y los Círculos de barrio de la U.G.T., de la C.N.T., y de los partidos republicanos del Frente Popular tenían a sus juventudes movilizadas. El recorrido efectuado a altas horas de la noche del jueves al viernes (16-17) por las calles de Madrid y sus alrededores con el Teniente de Carabineros José Luis Matilla me hizo conocer el gran espíritu que animaba al pueblo. Sin embargo, cada hora, cada minuto que pasaba aumentaba proporcionalmente el peligro de que, por mucho que hiciésemos, llegaríamos tarde a salvar la República, y evitar la situación caótica que se avecinaba.

Hicimos muchos proyectos, elaboramos muchos planes, vivíamos horas de verdadera angustia, sabiendo a las tropas acuarteladas, ignorando lo que pasaba dentro de los Cuarteles, en donde contábamos con algunos Jefes, Oficiales y Clases

que esperábamos no se sublevarían, pero que eran impotentes para contener a los demás.

A mediodía del sábado (18 de Julio) se dió orden por el Gobierno de levantar el acuartelamiento de las fuerzas. El peligro parecía conjurado. Sin embargo, poco tiempo después los militares traidores se niegan a salir de los cuarteles, desobedecen al Gobierno, no sólo los que están destinados en Madrid, sino muchos que no tienen destino, algunos retirados, y otros que, como el General Fanjul, con alumnos de las Academias Militares y Oficiales disponibles y Falangistas, se fueron al Cuartel de la Montaña. Estábamos en las primeras horos de la noche del sábado.

Ignorando ésto, creyendo que el Gobierno, al dar la orden de levantar el acuartelamiento, sería obedecido, y en el plazo de horas disolvería el Ejército, conjurando así el peligro, me marché de Madrid a un pintoresco lugar de la Sierra de Guadarrama. Nada anormal observé por el camino. La circulación de todos los sábados era la normal, y la gente salía de la ciudad al campo para respirar a pulmón libre. Las noticias graves llegadas en días anteriores se habían desvanecido, y la clase media y los proletarios madrileños iban a descansar de las tareas de la semana. Muchos no pudieron volver a unirse con los suyos, porque el movimiento del domingo 19 y la huelga general subsiguiente les impidieron reintegrarse a Madrid y fueron asesinados por los facciosos.

En San Rafael, de donde Lerroux había huido el día antes en dirección a Lisboa, el aspecto era normal. Sin embargo, amaneció el domingo triste, y el telégrafo trajo órdenes de huelga que la Casa del Pueblo de El Espinar, de la que dependía San Rafael, puso en ejecución. Todavía recuerdo emocionado la recogida del ganado del campo, y el vacío que se produjo con la declaración de la huelga, medida que se adoptaba para evitar que la sublevación de los militares traidores pudiera lograr su objetivo, toda vez que, desobedeciendo al Gobierno, se habían encerrado en los cuarteles y se disponían

a resistir. Era emocionante ver como llegaban los rebaños al pueblo y como aquellos campesinos, hombres rudos, que habían estado dedicados a las faenas del monte y al pastoreo, recogían sus aperos de labranza, abandonaban sus trabajos y todo cuanto tenían, y se concentraban en las Sociedades obreras del pueblo, dispuestos a defender a su Gobierno, pues se había ido la Guardia Civil traicionera. Ni en el pueblo de San Rafael ni en El Espinar quedaba un solo guardia. En las primeras horas de la madrugada, cuando todavía el día no había nacido, los puestos que el Gobierno les había confiado para defender la tranquilidad pública eran abandonados sigilosamente por los guardias, que se concentraban en las cabeceras y Capitales, por orden de sus jefes, para consumar la rebelión.

Pronto salieron algunas escopetas y empezaron a organizarse aquellos ciudadanos honrados que querían defender su tierra y su tranquilidad. La mayor parte de aquellos fueron fusilados.

En los cafés y lugares de reunión que a un lado y a otro de la carretera servían de solaz a los veraneantes se reunía en grupos la gente de Madrid, comentando las noticias que se recogían por la radio. Quise enterarme por teléfono de lo que ocurría y nada pude lograr; cada cual hacía comentarios con arreglo a su ideología, y entonces me encaminé hasta Segovia con ánimo de adquirir informes. A la entrada de la capital, un piquete de artilleros con clarines daba lectura al bando que autorizaba el Coronel del 13 Ligero Sánchez Gutiérrez, declarando el estado de Guerra contra el Gobierno. Rápidamente salí de allí, y atravesando por Río Frío volví a San Rafael, con el tiempo justo para que no se me cerrara la carretera, ni pudiera detenerme la Guardia Civil, que, conocedora de mi lealtad, ya habían ido a buscarme a mi casa. Aun pude despedirme de mis hijos, que, creyendo que iba a ser cosa de pocos días, se quedaban en el pueblo con propósito de irse a otro sitio si llegaban las fuerzas que venían de Salamanca, manda-

das por el Conde de Rodezno, habiéndome asegurado mis amigos del pueblo, algunos vilmente asesinados por los rebeldes, y a los que rindo aquí homenaje de admiración, que nada les faltaría y que ellos les atenderían, incluso guardándolos, mientras yo marchaba a Madrid para cumplir mis deberes con el Gobierno. Todavía pude organizar algunas guardias, y, con elementos armados de escopetas, ocupar las carreteras en el Cristo del Caloco, Puerto de Pasapán, La Casa de Prados, para vigilar lo que pudiera venir de Segovia y Salamanca. En el último automóvil que pasó de la provincia de Segovia a la de Madrid, cuando ya algunos de los que venían delante estaban detenidos en el Alto del León por las gentes de Guadarrama, que habían montado allí su guardia, porque traían salvoconductos expedidos por las autoridades facciosas de Segovia, me encaminé a Madrid. A través de Guadarrama, Villalba, Torrelodones y los demás pueblos de la carretera en donde ya los habitantes, armados con lo que pudieron encontrar, se habían movilizado y se encontraban de guardia, me facilitaron el viaje, haciendo votos por un rápido triunfo. ¡Quién les iba a decir que días más tarde iba a ser yo el salvador de la Sierra de Guadarrama!

Al anochecer entraba en Madrid. Directamente me fuí a mi casa, y al ver que ninguno de los amigos con quienes yo había estado en contacto me había enviado ningún aviso, quise acudir a los centros oficiales, donde imperaban el desconcierto y el temor, para prestar mis servicios, lo que no pude lograr, y entonces me fuí al Ministerio de la Gobernación, en cuya puerta me encontré a Burillo, preocupado, y como era hora de cenar nos fuimos a hacerlo juntos, y hablar entre tanto de las medidas a adoptar. Yo, no encontrando puesto oficial—no lo tenía, estaba sin destino—, ni pudiendo acogerme en ninguna dependencia militar, me ofrecí a Burillo para ayudarle y acompañarle, sin tener en cuenta más que mis deseos de cooperar, en la medida de mis fuerzas, al triunfo del Go-

bierno y a sofocar la rebelión de los que hasta entonces habían sido mis compañeros.

Circulaban muy pocos taxis y se veían hombres que, armados con lo que tenían en sus casas, marchaban a los lugares de concentración que las Sociedades obreras les habían marcado.

Los Cuarteles estaban vigilados por el Cuerpo de Asalto y los militares traidores encerrados en ellos y fortificándose. Desde algunos se hacía fuego a los vehículos que circulaban por las calles. El cuartel de la Montaña estaba acordonado por las fuerzas de Asalto, que mandaba el entonces Capitán Francisco Hernández. Todas las salidas del Cuartel estaban vigiladas y nada podían hacer los militares para intentar salir de él.

La población no tenía más vida que la circulación de los ciudadanos que, en busca de un puesto de combate, se lanzaban a la calle.

Mangada, en la Puerta del Angel, organizaba sus milicias y nos aseguraba que desde Carabanchel no avanzarían los rebeldes, a los que atacaría con sus fuerzas. Burillo tenía su Grupo de Asalto (el Laureado 2º Grupo, al que había pertenecido el Teniente Castillo), concentrado en Pontejos, y a ellos me sumé yo dispuesto a ser uno más en la lucha.

Madrid vivía unas horas angustiosas. Estaba decidido a defenderse porque, al hacerlo así, defendía las libertades de España y del mundo, y quería aplastar, como lo hizo aquel día 20, a los que, traidores, se habían encerrado con las fuerzas que eran del pueblo en los Cuarteles. Una vez más, los habitantes de Madrid dieron prueba de su espíritu de independencia, como lo habían hecho en Mayo de 1808, cuando el Mariscal Morla dijo al Príncipe de Neufchatel, que mandaba las fuerzas de Napoleón, que conocía que la villa carecía de recursos y que continuar defendiéndola era un verdadero delirio, pero que el pueblo y los forasteros que allí se habían congre-

gado querían defenderse, y que creían poderlo hacer, teniendo que sufrir aquella respuesta en que se le dijo: "En vano os escudáis con el nombre del pueblo, pues si no podéis calmarlo, es porque vos mismo le habéis alarmado", siendo intimado para que, o dejara Madrid o se dispusiera a morir, pues Napoleón no quería ni debía retirar sus tropas, y si Madrid no se rendía y el pueblo no estaba dispuesto a someterse, todos serían pasados por las armas. Madrid no se rindió y escribió la página sublime del día 2 de Mayo, de la cual las escritas en la madrugada del 19 al 20 de Julio, y, posteriormente, el 7 de Noviembre de 1936, y durante treinta meses de resistencia gloriosa, honor de la invicta villa del Oso y del Madroño, corazón de España y reducto viril de su defensa. Firme, como la piedra berroqueña y granítica de la Sierra del Guadarrama, recia y tenaz como el alma castellana, luchó bravamente con las demás regiones que constituyen las nacionalidades de España, contra la fuerza de dos naciones y la idiosincracia de los que, por temor al momento de la movilización que representa armar al pueblo, querían esquivar en Europa un conflicto armado que serviría para apagar los imperialismos de los dictadores y para que resplandeciese la llama de la libertad. Doce millones de españoles, en lucha contra más de noventa millones de todas nacionalidades, mostraron al mundo el temple de nuestro espíritu, que jamás podrá ser aniquilado y encendido siempre en amor a la libertad y a la justicia.

(Continuará).

SALUDO *a la PRENSA*

NUESTRA ESPAÑA *saluda a la Prensa de Cuba y a la de todos los pueblos de América de lengua castellana, lo único que nos une a través de los continentes y de los mares como una diadema imperial. Hace ya mucho que no nos liga ningún vínculo político, pero todavía resuena de uno a otro hemisferio y desde un mar al otro el idioma de Hernán Cortés y de Pizarro, que es el mismo de Bolívar y de Sucre; el idioma de Quevedo y de Saavedra Fajardo, que es el mismo de Sarmiento y de Rodó; el idioma de fray Bartolomé de las Casas, que es el mismo de Martí. A toda la Prensa de Hispano-América, nuestras cortesías a la vieja usanza española. Para los periódicos que han reflejado en sus columnas nuestro dolor y nuestro ideal, gratitud imperecedera. Para todos los demás, sin distinción, nuestra consideración y nuestro afecto de compañeros.*

APUNTES:

La Vuelta del Tesoro Artístico

por ANGEL LAZARO

La difamación ha sido una de las armas más empleadas durante la guerra de España. No es de las menos funestas. Emplearla en tiempo de guerra, aun se concibe, aunque no se admita. La guerra es siempre quiebra de los valores humanos. Pero seguir empleando la difamación, después de una guerra civil, contra los propios compatriotas, nos parece más funesto todavía que la guerra misma.

Creemos que las desdichas de España no acabarán mientras no se haga la unión de todos los españoles. En épocas de rapiña internacional, nación desunida es nación muerta o en peligro de ser anulada. Hay que hacer la unión entre todos los españoles, sin exclusiones de ninguna clase. Ningún español tiene derecho a eliminar ni a menospreciar a otro español, piense como piense, practique la religión que quiera, sea cual fuere su clase social. Hace años señalaba Ortega y Gasset en su "España invertebrada" esta actitud de agresión mutua en que vivían unas clases españolas respecto de otras. El militar no quería nada con el civil; el abogado o el médico no tenían nada que ver con el industrial o el comerciante; el burócrata estaba divorciado del jornalero; el religioso constituía un mundo aparte del seglar... Las clases sociales se alojaban en compartimentos estancos, aisladas, haciéndose una guerra sorda. Y esta guerra latente, esta falta de amor, consideración y respeto,

de unas clases a otras, hace que cuando estalla la guerra civil, asuma los caracteres tremendos que todos lamentamos hoy.

Nadie pretenda excluirse de culpa. Aceptemos todos la responsabilidad —en mayor o menor parte— de la propia tragedia. Pero aprovechemos sus enseñanzas. Peor que la guerra misma, con haber sido tal, sería que no nos sirviera para nada a los españoles. Por eso creemos que es preciso reaccionar cada día, no ya contra la difación, sino que en lo futuro habrá que hacerlo contra toda manifestación de encono de desconsideración de unas clases hacia otras. Nadie haga mofa o desdén de nadie. La tolerancia y el respeto habrán de dar el tono a la vida española. ¿Cómo podemos aceptar, pues, que el nombre de España sea utilizado para seguir difamando a españoles? ¿Es que el arma de la difamación va a seguir en servicio permanente cuando la guerra ha terminado? ¿O es que no ha terminado la guerra todavía?

Todas estas reflexiones nos las sugiere la vuelta a España del Tesoro Artístico. Todos los días llegan noticias de que han atravesado la frontera francesa en dirección a España tantos más cuantos vagones cargados de objetos del tesoro artístico: tapices, cuadros, códices, imágenes y objetos del culto religioso... Vuelven en vagones, perfectamente acondicionados, tal como salieron de España. Bien. Pues la noticia no se aprovecha allá para callarse la boca, que sería la forma de rendir homenaje silencioso a quienes, en las horas terribles de la guerra, entre los incendios y bajo la amenaza de los bombardeos, lograron poner en salvo ese tesoro, sino para proseguir la difamación, hablando de los "robos y actos de vandalismo de los rojos", etc.

La consecuencia que nos dicta nuestro amor a España es muy otra. Lo será siempre. Nada que vaya contra ella creemos que puede utilizarse como arma política. Por eso, no desde nuestro punto de vista, que ello sería natural, sino desde el campo contrario, veríamos en la vuelta del tesoro artístico español, el símbolo de la verdadera unión nacional. Es decir,

de que hay un punto en que todos los españoles deben estar de acuerdo: la salvación del espíritu español, que no es patrimonio de esta o de aquella clase, sino de todos los españoles.

¿Se atrevería nadie lealmente a decir que los españoles que se preocuparon de poner a salvo el tesoro artístico no merecen gratitud eterna de España y que no habrá de considerarlos la Historia como hijos meritísimos de la Patria? ¿En qué campo estaban? Podríamos recabar esa gloria para un bando. Pero hemos de llegar hasta el límite en nuestra actitud de no contribuir a ahondar diferencias, establecer divisorias, barreras entre unos españoles y otros. Pongamos que eran españoles simplemente.

¿Se piensa en el heroismo que habrá sido, en ocasiones, necesario para salvar algunos de los objetos de ese tesoro? ¿Se piensa en la grandeza moral, y en la esperanza que sobre ella pueda edificarse, del hombre anónimo del pueblo, arriesgándose entre las llamas y los escombros para salvar un cuadro, una escultura, un libro? Eso basta para borrar al maleante y al incontrolable. Yo siempre creeré que mi pueblo, que el pueblo español es eso: no el bárbaro —aunque lo haya habido—, o el malvado que se aprovecha de la confusión de la guerra para saciar sus instintos y perpetrar sus fechorías, sino el hombre anónimo que se deja quemar las manos para salvar la tela de un museo. Este hombre existe, no en una proporción mínima, sino abundantísima. ¿Pruebas? Ese tesoro artístico que vuelve a España. Esos vagones, esos trenes cargados con el patrimonio espiritual español, que entran ahora en España terminada la lucha. Existe el hombre español, hecho de la más noble materia humana. Quien lo difame, no podrá edificar nada en España. Sin él, sin ese hombre —que nadie ningún partido ni clase, ni grupo puede recabar exclusivamente para sí— España apenas sería más que un nombre vacío en el mapa. Si España ha de recobrarse a sí misma, como ha recobrado ya su tesoro artístico, no será sin el hombre que salvó ese tesoro.

La Rebelión *y el Campo*

por ADOLFO VAZQUEZ HUMASQUE

El problema agrario español fué indudablemente una de las causas determinantes del movimiento faccioso que tuvo su primera manifestación externa el 18 de julio de 1936, y cuya principal fuerza económica provenía de la adscripción a la rebeldía de los que disfrutaban privilegios de la gran propiedad territorial.

Sin necesidad de estampar cifras abrumadoras por su elocuencia, pero también por su aridez, puede afirmarse que el régimen jurídico de la tierra, en sus cuatro quintas partes, era en 1931 el del latifundio y del arriendo. Grandes fincas incultas o deficientemente cultivadas tenían al bracero de las regiones de su emplazamiento reducido a la ínfima categoría de pordiosero del jornal; y allí donde la calidad de las tierras permitía un cultivo parcelado, el propietario grande, mediano o pequeño estrujaba con sus exigencias al cultivador directo, colono o arrendatario, en tanto él vivía cómodamente en la ciudad merced a la práctica del absentismo.

Este era el panorama que ofrecía el campo español al advenimiento de la República en abril de 1931. La crisis mundial repercutió en España, disminuyendo el poder adquisitivo de los mercados, que hubo de reflejarse principalmente en los productos agrícolas básicos de nuestro comercio exterior, y los grandes propietario trasladaron el golpe a la humilde clase de los trabajadores, que vieron con tanto asombro como dolor disminuir los jornales en número y cuantía porque los aceites

las carnes, las lanas, las frutas y las verduras no se vendían hogaño como antaño; y porque, además, las mermadas cosechas, debidas a un mal año agrícola, acentuaban la carencia de trabajo y por tanto el endémico paro campesino, característico del gran cultivo de secano.

La República española, a su advenimiento, trató de resolver en primer lugar este problema, promulgando una ley de Reforma Agraria que fué aprobada por las Cortes Constituyentes en septiembre de 1932 después de cinco meses de discusión, y en la cual se atendían los derechos de los propietarios territoriales en tal forma que sus preceptos la colocaban entre las reformas agrarias más modestas que se han realizado en los pueblos europeos. Por ella se redistribuía la tierra, dándosela a los braceros que no la poseían y tomándola de las grandes propiedades que no cumplían su fin social. De igual modo se expropiaba la tierra de los que no la cultivaban porque la poseían como objeto de renta. Pero en uno y otro caso, salvo el excepcional de los antiguos señoríos que no eran por propia naturaleza indemnizables, el propietario que venía obligado por la ley a entregar total o parcialmente la tierra recibía su valor según una escala racional de capitalizaciones o la renta según normas estrechamente relacionadas con las que aparecían inscritas o declaradas en los registros fiscales. No había, pues, despojo alguno; simplemente la imposición del deber de colaborar a la resolución del problema social que planteaba en España la existencia de ocho millones de españoles cuya vida dependía del campo, supeditada a la de algunos miles que practicaban un disfrazado feudalismo territorial, del cual emergía, no solamnte su espléndida situación económica, sino también el dominio político que ejercían sobre la masa campesina.

Esta es la realidad a la que puede poner mayor o menor número de reparos el gran propietario aludido, pero que esencialmente es indiscutible. Pues bien: el conservadurismo español, haciendo suya la bandera de la intransigencia que fla

mearon desde un principio los terratenientes, se lanzó a una campaña de confusionismo y de desprestigio de la política republicana de izquierdas, patrocinadora de la antes citada reforma agraria, que dió al traste con la situación en noviembre de 1933, y que elevó al Poder, mediante el desarrollo de una política tortuosa, a esa fuerza enemiga del Régimen en esencia, la cual para mejor alcanzar sus objetivos se mostraba como si se tratase de una sincera fuerza republicana de derechas.

Los terratenientes, pues, no quisieron colaborar con la izquierda burguesa republicana en una reforma agraria que respondía al principio de la justicia social y que el pueblo campesino anhelaba desde muchos años, más bien desde siglos; y al detentar el Poder impidieron la aplicación de la ley del 32, que al fin derogaron, sometiendo al proletariado campesino a una mayor esclavitud, puesto que a la explotación a que en los jornales y en las jornadas estaba sometido desde tiempo inmemorial añadió la persecución y el espíritu de venganza que las manifestaciones políticas y religiosas de los campesinos durante los dos primeros años de la República habían hecho nacer en su fondo de poderosos sin oposición. Así, pues, el feudalismo territorial español mostró su incapacidad hasta para la egoísta tarea de afirmar y defender sus privilegios, negándose primeramente a colaborar en la confección de un nuevo código rural comprensivo de una reforma agraria moderada, y convirtiendo el segundo bienio de la República en un período de revancha, en lugar de haber utilizado el Poder que en 1933 vino a sus manos para atraer al proletariado con moderadas concesiones que hubieran asegurado por largo tiempo, sino su predominio, sí su influencia en el medio rural de la Nación.

Por esto el pueblo campesino, que había sufrido una decepción en sus aspiraciones durante el bienio de mando republicano de izquierdas, vió con espanto en el bienio siguiente que las derechas eran incorregibles en sus normas de explotación y avasallamiento; y, con instinto de defensa vital, se pro-

nunció en favor del Frente Popular produciendo, a pesar de la fuerte oposición de las derechas dueñas del Poder, el triunfo electoral de las izquierdas republicanas el 16 de febrero de 1936.

¿Qué representaba su mandato en relación con la reforma agraria? Muy sencillo. El proletariado campesino, reducido a la miseria por una política de desvalorización de jornales y de persecución por los propietarios, que llegaron en su rencor a extremos inconcebibles, se afirmó en la decidida actitud de liberación votando a las izquierdas, sin caer en la tentación de los halagos, ni doblarse ante las presiones de las derechas, pero dispuesto a exigir a sus elegidos el cumplimiento de su programa electoral, confeccionado sobre la base de dar la tierra a los que la trabajan y sin incidir en los defectos y en las timideces de la primera etapa de mando a raíz de proclamarse la República.

¿Qué cabía, pues, hacer por parte de los elegidos? Cumplir con lo ofrecido. Y, desde el 5 de marzo hasta el 18 de julio de 1936, el Gobierno Republicano de izquierda hizo reforma agraria; puede decirse que fué aquella la obra de Gobierno más destacada de toda la actuación honesta y sincera realizada durante el período que va desde marzo a julio de 1936. Dió, en números redondos, ochocientas mil hectáreas de tierra a cien mil campesinos. ¿En qué forma? Atendiendo a la conveniencia del País, y prescindiendo de la colaboración de los propietarios, cuya mala fe para encontrar solución al problema se había puesto de manifiesto en el período de 1931-1933. Así, pues, hay que declarar, porque responde a una realidad, que la redistribución de la tierra se hizo en esos cuatro meses por la sola iniciativa de los organismos estatales sin la intervención de propietarios ni obreros, pero sometida la reforma a criterios de justicia y de técnica absolutamente objetivos.

Promulgado por el Ministerio de Agricultura el 20 de marzo un Decreto que autorizaba al Instituto de Reforma Agraria para declarar de utilidad social cualquier finca emplazada

en donde hubiere concentración de propiedad y paro campesino, pudo el citado organismo obrar con soltura y señalar las fincas adecuadas para la realización de la reforma, sin las trabas de un expediente que en su trámite dilatorio llevaba la propia inanidad.

Y lo que se hizo, examinado con toda objetividad, es lo siguiente:

a) **En relación con el campesino.**—Se intervinieron las fincas de buena calidad y apropiadas para los cultivos predominantes en las regiones donde había obreros en paro y por tanto miseria campesina, confeccionando rápidamente unos proyectos de explotación que permitieron absorber ese paro dando trabajo a todos ellos, al propio tiempo que dotándoles de capital de explotación, es decir, de aperos, ganado de labor y de renta, semillas y numerario en concepto de jornales, para atender a los gastos hasta la primera cosecha, de forma que esto representó un desembolso de más de sesenta millones de pesetas. Se le dió, pues, al campesino, buena tierra y bien situada, en relación, naturalmente, con la que había en cada región y medios de cultivo. Con ello se resolvía el problema de la utilidad social, es decir, se procuraba que la tierra fuera automáticamente el patrono que da jornales a los hombres que viven sobre ella; y el de la economía de la producción, o sea que la tierra siga produciendo bajo la posesión de los más, con la tutela de los técnicos de Reforma Agraria, tanto como producía bajo la posesión de los menos, es decir, bajo el dominio singular del gran propietario cultivador directo, o el gran arrendatario o empresario agrícola. Así resultaban atendidas simultáneamente las necesidades del proletariado y las exigencias de la economía agraria.

b) **En relación con el propietario.** — Se intervinieron las fincas adecuadas, según dictamen técnico de todas clases; tierras de labor, de dehesa de pasto y labor—para atender principalmente a las necesidades de ochenta mil yunteros, es decir, pequeños cultivadores cerealistas con yun-

ta y sin tierra—, de olivar y de viñedo; pero en todos los casos se abonó a los propietarios, en numerario y al contado, todo el capital circulante de la explotación, así como las cosechas en pie y los adelantos a los cultivos, asegurándoles además el Estado, por intermedio del Instituto de Reforma Agraria, la renta correspondiente a percibir al final del año agrícola. Es decir, que el gran propietario y el gran arrendatario recibieron sin merma el numerario correspondiente al capital que representaban los utensilios de labor y únicamente se vieron forzados a ceder la tierra con percibo de renta en su día hasta que el Estado dispusiera de numerario para abonar el importe de la expropiación sin plus-valía y por causa de utilidad social, a favor de los que la trabajan y la habían trabajado hasta aquel momento en concepto de asalariados.

Entonces se inició una etapa de transformación agraria que mostraba un espléndido porvenir. Se asentaron los campesinos en las grandes fincas de secano, que no se desmembraban sistemáticamente, sino que continuaban como tales unidades de explotación si la naturaleza de sus tierras y de sus cultivos, es decir, si la técnica agrícola así lo aconsejaba. Y se les dotó, con los recursos del Erario Público, de ganados de todas clases; de maquinaria, de tracción animal y mecánica, de semillas, de abonos; y se empezaron a construir viviendas higiénicas para los trabajadores, en sustitución de los inmundos alojamientos que antes tenían en competencia con los animales; y se ordenaron y dispusieron repoblaciones forestales y caminos de acceso, y obras de regadío, y cuanto podía representar mejora científica de la vida campesina. Y con ello se fué preparando la nueva era: la que hacía imposible el retorno a la vida miserable del obrero, bajo el yugo del propietario, y en afanosa y humillante súplica del jornal adventicio.

Y entonces estalló el movimiento sedicioso...

PRESENTE Y FUTURO *del* FRANQUISMO

LA NEUTRALIDAD DE ESPAÑA EN LA GUERRA EUROPEA

por ALARDO PRATS

INTENCIONES FECUNDAS

La exacerbación del espíritu crítico y una monstruosa tendencia a desorbitar el normal enfoque de las cuestiones, suelen ser los vástagos naturales, inmediatos, a la derrota de los grandes empeños populares.

La República española, eventualmente derrotada, pero no vencida —ninguna fuerza espiritual, firmemente arraigada en la conciencia histórica de un pueblo, puede serlo, cualesquiera que sean las pruebas de sangre y de fuego a que se la someta—, no se ve libre de las acometidas de semejantes animosidades del juicio ligero.

Una plaga de parásitos de la guerra, y otra no menos nefasta de pedantes arbitristas que de su necedad insolente han hecho una a manera de profesión, contribuyen, fuera de España, con un ardor digno de mejor causa, a desorientar a la opinión, a falsear los hechos, a hurgar en cuanto de negativo pueda ofrecer la catástrofe de un pueblo.

A un lado, encontramos los vindicadores de sus propios errores, empecinados en sostenerlos y en no enmendarlos, cuando una realidad desastrosa ha dado sobre ellos fallo inapelable. Junto a éstos, aparecen otros elementos que acreditan en

sus lucubraciones y pretextos vocingleros, sobre temas españoles, la despreocupación incontrolada y resentida de quienes, habiendo apostado en una riña de gallos o en una pelea de boxeo, comprueban con irritación que su favorito ha perdido.

¿No habrá llegado ya el instante de poner fin a estos divertimientos y de dar comienzo a la sistematización metódica de intenciones más fecundas?

Yo creo que sí.

El sacrificio de un pueblo, un millón de muertos, la ruina de España, el dolor y el luto de tantos hogares y de tantos corazones, no pueden ser tratados con pronunciamientos de tal frivolidad. Y mucho menos, teniendo en cuenta que la República existe.

LA REPUBLICA ESPAÑOLA EXISTE

No existe la República española con un aparato formal de poder y de externas prerrogativas, que ello sería accidente variable en el tiempo, sino como una potencia inabatible, de incalculable expansión espiritual, con arrestos y fuerza para recuperarse plenamente y fecundar de nuevo, sobre bases inconmovibles, el futuro de nuestra Patria.

Dentro del área territorial de España, proclaman su existencia cerca de un millón de presos, millones de perseguidos, los que mueren con su nombre en los labios, sobre los patíbulos levantados por los verdugos del pueblo, los millares de hogares sumidos en la miseria, en donde el dolor ha cegado hasta las fuentes de las lágrimas, para dar paso a la reiteración enconada de las heroicas determinaciones.

Existe, a pesar de los errores y miserias que acompañan todas las empresas humanas, en la médula de un pueblo, al que vanamente se trata de someter y de esclavizar.

Fuera de las fronteras españolas, está viva y palpitante, en las angustias de los desterrados, en la razón de su vida y de sus destinos, en los esfuerzos comunes para sumar, en los múltiples órdenes de la eficacia activa, de cara a los acontecimientos de Europa, los factores vitales de la recuperación

de España para el pueblo español.

No es ignorada su existencia en las Cancillerías, ya de vuelta de ofuscaciones fatales y de errores ciegos. Pero, sobre todo, existe dentro de España.

Unos meses de "victoria franquista," han bastado para convencer al mundo, y a los propios franquistas, de que en España, sobre ríos de sangre e instrumentos de tiranía medioeval, es imposible fundamentar ninguna esperanza constructiva. El monstruoso atraco a mano armada contra la voluntad de un pueblo no pasa de ser una forma de criminalidad política, transitoria, por mucho que hayan sido extremados sus caracteres únicos, de perversión, crueldad e infamia, por parte de los sombríos devastadores de su propia patria.

Los acontecimientos europeos, con sus crudas luces realistas, han iluminado el esperpento de feria de locos que el franquismo representa.

Los mismos irresponsables que sirvieron a Franco y a sus comanditarios por entender que, de esta manera, salvaban sus medios materiales, en su obcecado resentimiento de clase, se rasgan las vestiduras y no se recatan de proclamar ¡ahora! que han alentado el crecimiento, no de una víbora, sino de una boa, jamás harta de sangre y de substancia de sus intereses, irremisiblemente perdidos en la contienda, provocada y llevada hasta el final en beneficio de nadie y para escarmiento de todos.

Y bien. ¿Ahora, qué? Posiblemente, la mitad más uno de los españoles, o han caido ante los piquetes de ejecución o pasan bajo la rueda de cuchillas de la angustia sin fin. Muchos han expirado en la horca y otros perecen de hambre negra, que es la peor muerte. ¿Es, por ésto, España más feliz? ¿Es más grande? ¿Se ha abierto algún camino hacia una nueva tierra de promisión? Tan terrible hecatombe de sangre y de sacrificios, ¿ha hecho la felicidad de un sólo español, incluido el propio Franco y sus familiares?

Ni en el presente trágico, ni en el porvenir, hijo tarado de la tragedia, de sangre y de odios inextinguibles, se advierte la menor sombra de posibilidad de recuperación y reintegración a sus normales fines del pueblo desangrado y de la nación en ruinas.

A este respecto, el presente de Franco y de cuanto proclama encarnar, con su coro de asistentes, aparece como una fabulosa quiebra fraudulenta, que hace harto más que problemática la subsistencia de su régimen de felicidad providencial.

Los pueblos bien ordenados no logran tal ventura con la agitación de providencialismos y oropeles retóricos de bufa política imperial. La logran con justicia, pan y trabajo. Trazar destinos a base de supercherías, desprovistas de intereses efectivos, morales y materiales, es peligrosa locura. Si el porvenir moral y material de un pueblo es sometido al martirio permanente de los instrumentos de coacción más brutal y cruel y al quebranto, hasta la anulación, de los intereses económicos de todas las clases españolas, de la sociedad española en suma, ¿sobre qué se asientan el presente de Franco y de su sistema y, sobre todo, la garantía de su supervivencia en un futuro inmediato? Con las clases trabajadoras sometidas a esclavitud y a miseria y las clases que fueron poderosas económicamente entregadas a los arbitrarios procedimientos de desenfado de los grupos que detentan el poder de las bayonetas, ¿en qué base de permanencia se apoya el franquismo? Hasta ahora, en el terror sistemático. Más el terror es una fuerza potencialmente negativa.

RUINA Y MISERIA PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Cabe en una nación estimular y sostener fuertes olagarquías económicas y financieras, gobernar y dirigir sus destinos a determinados fines de clase. Pero la guerra desatada y la abyecta victoria, lograda por la diligencia de manos extranje-

ras, ha creado un estado, no por nuevo menos previsto, de absoluta desolación, que alcanza a todos los españoles por igual.

Los observadores de la actual agonía de España pueden comprobar, a diario, que su anunciada reconstrucción comenzará indefectiblemente, en futuro perfecto permanente, como la realización de los delirios imperiales y el retorno de la vida española a un ritmo civilizado y estable. Se habla de autarquía: ¿con qué medios, dentro de procedimientos autárticos, se puede aminorar el actual desastre? Años interminables de hambre habría de sufrir el pueblo español para encontrar una esperanza de mejora, por estos procedimientos de economía cerrada, que falsamente auguran un bienestar de paraíso para el porvenir. Con jactanciosa altanería, ha rechazado Franco toda cooperación y ayuda de tipo internacional para reconstruir el país, cuya destrucción pesa, en plena responsabilidad, sobre su desmedrada figura. Tales desplantes son risible trasunto del proceder del perdonavidas portugués, metido en el pozo. ¿Cuándo se le han ofrecido estas ayudas? No habrán sido, ciertamente, los verdugos de encargo que logró encontrar en el extranjero, para que aniquilasen al pueblo, los generosos ofertores. Para sí quisieran Italia y Alemania la posibilidad del recurso a expedientes de urgente auxilio en divisas y buena moneda.

Entonces, ¿han sido los países democráticos quienes le han ofrecido empréstito de ayuda? Aparte de que el ofrecimiento no es exactamente la efectividad de la oferta, que pudiera haber sido hecha por razones tácticas y políticas de eventual conveniencia y hasta retirada, ¿qué garantías ofrece el régimen de Franco, en el orden nacional e internacional, para beneficiarse con un empréstito exterior? Cero. ¿Es, en efecto, un régimen con fundamentos razonables de estabilidad, continuidad y ley?

Los avisados gestores de esta clase de asuntos no especulan con castillos de viento sobre la arena y, antes de dar un paso, saben si han de pisar terreno seguro. Son muy refrac-

tarios a la embriaguez de la retórica. Es lamentable, pero es así. Lamentable para el pueblo español, hambreado y acogotado por el problema, de no poder atender sus más esquemáticas necesidades.

EL SUEÑO DE LA AUTARQUIA

A este punto, surge por parte de la propaganda franquista, incapaz de divulgar un solo pensamiento equilibrado, la afirmación de que España se basta con sus propios medios, para acometer y llevar a cabo su reconstrucción interna y la recuperación de su crédito en el exterior. Ningún país se basta a sí mismo y menos España, cuyo potencial económico, prácticamente, después de la guerra, ha quedado aniquilado por completo.

Cuantos productos de toda índole puedan darse en su suelo, no bastan a cubrir las elementales necesidades interiores, aunque se mantenga el racionamiento de guerra por mucho tiempo.

Resultaría una redundancia y, al mismo tiempo, haría interminable este artículo, precisar aquí cifras expositivas de las posibilidades de exportaciones, susceptibles de ser transformadas en divisas. Bastará consignar que el mineral de hierro y el mercurio de Almadén están hipotecados para enjugar las deudas contraidas con Italia y Alemania. Otros minerales, como los de Riotinto y Huelva, giran dentro de la órbita de los directos intereses de Inglaterra y de Francia. Las manufacturas españolas, ya en tiempo normal de producción limitada y sin fuerza para luchar en competencia abierta, más allá de las fronteras, protegidas por los aranceles, por falta de técnicos, de obreros especializados y de materias primas, que sólo mediante el desembolso de divisas, pueden ser adquiridas, arrojan en el índice de las posibilidades de exportación cifras insignificantes.

Los movimientos del dinero y los empréstitos en el interior,

sin respaldo de oro, de divisas o de garantías de bancos exteriores, no pasan de ser simples inflaciones, con todas sus consecuencias.

Quizá un régimen moderado de economía autártica pudiera ser ensayado, con alguna perspectiva de acierto, en una coyuntura de prosperidad general, pero no sobre un estado de ruina, dentro del cual apenas se encuentra un valor efectivo de producción cotizable para el juego del crédito interior.

Los ferrocarriles, los caminos, los vehículos del transporte motorizado, han sido aniquilados por la guerra y de la misma manera el "utillage" de las fábricas, que ya antes de la guerra estaba anticuado, por lo general.

En esta situación, el sueño de la autarquía es un efugio de vanas palabras, de irresponsable agitación, para calmar la desesperación de las gentes. A la postre, constituye el más acucioso estímulo de esta desesperación aguda.

LA NEUTRALIDAD DEL FRANQUISMO

Sobre este cómputo de realidades ha sobrevenido la guerra europea. El franquismo se ha apresurado a proclamar su neutralidad. Los puertos españoles, abarrotados de barcos alemanes, una vastísima organización de intereses de toda índole, alemanes e italianos, dentro de España, son hechos que dan la medida del alcance de la neutralidad con tanta diligencia declarada. El cuñado de Franco y sus más allegados colaboradores no han ocultado, ni ocultan nunca, a quienes obedecen en sus determinaciones de dictadores al dictado. Entre los alemanes y los franquistas, se siguen cambiando mensajes y condecoraciones.

El fiasco del franquismo en la política internacional no es insignificante. Prisionero de una alianza y de una estrecha solidaridad, establecida en la perpetración del crimen y del atraco a España, con relación a Alemania e Italia y con vistas a la apoyatura de los intereses de estos estados, frente a los

de Inglaterra y Francia, se encuentra, de pronto, sumido en un aislamiento estratégico y político peligroso. No puede embarcarse en la aventura de la guerra al lado de Alemania, porque ello sería, su desaparición automática, por la explosión de agentes de orden interior y por la presión de contingencias exteriores. En el interior, España entera, hasta las piedras, se levantarían, contra quien abriese una perspectiva de riesgo, en la participación de un nuevo empeño guerrero. ¿Cómo se podría afrontar una guerra, si ordenar el trabajo y la paz interior, aparece como imposible alcance?

Por otra parte, la política internacional de un país, que no sea víctima del apoderamiento a mano armada por una partida de delirantes, está en todo tiempo determinada, por la geografía política, económica y comercial, en relación con otros países. España, viene girando, alternativamente, dentro de la órbita de Inglaterra y Francia, desde hace muchos años, por incapacidad o por imposibilidad de crear su propia esfera de acción y de influencia, hundida con la "Invencible", ante las costas inglesas.

No voy a discriminar aquí, viejos errores imperiales o nacionales. La política, exije, sobre todo, atemperación rápida y limpia de retórica a realidades urgentes. Sobre esta base de realizaciones inmediatas, España no puede girar, fuera de otro campo, que el que marquen y limiten sus intereses, cualquiera que sea su régimen o el de los otros países, con los cuales se vea obligada a concertar convenios.

Ni Alemania, ni Rusia, ni Italia, como no decline ésta su posición, en favor del grupo democrático, pueden establecer con España, vínculo alguno de recíproco interés, mientras la guerra actual dure, ni en el orden económico, ni en el de ayuda, del carácter que España necesita.

Las democracias, de momento, como lo fueron durante la guerra 1914-1918, son los mercados naturales y directos de la

posible producción española. Con sus inagotables recursos, son los únicos Estados, que pueden favorecer y estimular la reconstrucción de España. Hasta no contar con la garantía plena de una neutralidad efectiva, nadie espere ayuda. ¿Y qué suerte de garantías les ofrecen Franco y sus satélites, su régimen mediatizado por hipotecas anteriores y por compromisos directamente creados, para que la "mosca española" según la vieja frase de Bismark, esté en disposición de hostigar constantemente a Francia?

Extinguida la alarma de las propagandas y los turbios manejos que han conducido a desatar la tempestad de sangre en Europa, Francia e Inglaterra, no pierden de vista, cuanto en España acontece. De sobra saben, que el franquismo, por mucho que escude en la neutralidad sus ayudas a Alemania, la comedia no se puede prolongar. Y no intervienen en estas reservas de los países democráticos, preocupaciones de tipo ideológico, porque las alianzas de los pueblos y las determinaciones de su política internacional, jamás han sido definidas por las identidades ni por las antitesis ideológicas —simples pretextos de agitación en todos los momentos—, sino por algo más importante y permanente: los intereses económicos, comerciales, políticos y estratégicos.

El franquismo, de cara a esta contingencia exterior, o tuerce sus rumbos o sella su final. No se ha adueñado del pueblo español, que lucha por derrocarle y aventar hasta las cenizas de su memoria. Es incapaz de establecer un sistema de convivencia entre todos los españoles. En definitiva, dejado de la mano de sus comanditarios, es un tumor venenoso, abierto en el corazón de España. Habrá que sajarlo y arrojarlo al muladar de ignominia y de abyección, de donde procede.

La neutralidad de España y su posible y claro sostenimiento, está en razón directa, con la restauración de la República, curada de infantilismos y de viejas torpezas, que a todos los españoles, sin distinción, nos han de servir de lección y de

saludable escarmiento, fuertemente regida en el interior y orientada en el exterior, con arreglo a sus postulados constitucionales de paz, vigilada y defendida, contra todas las asechanzas, que puedan hundir más aun a España, en la sima de la tiranía, del empobrecimiento y de la degradación de su vida.

Antonio Machado

por MANUEL ALTOLAGUIRRE

Del aislamiento de España nos habla "Azorín" en su libro "Castilla." Un senador navarro, González Castejón, en 1840, cuando los primeros ferrocarriles, se oponía a que se construyera el de Madrid a Francia, diciendo esta barbaridad: "Mi opinión constante ha sido que nunca, por ningún estilo, deban allanarse los Pirineos; antes por el contrario, otros Pirineos encima son los que conviene poner". Cuarenta años más tarde—sigue contando Azorín—se imprime en un Tratado de Estrategia que "es ventajoso todo lo que tienda a aislarnos y que respecto a las puertas que en el Pirineo se han abierto conviene cerrar algunas".

¿Quién le iba a decir al poeta Antonio Machado, que tanto hizo en vida para que esas puertas con Europa estuviesen bien abiertas, que las iba a encontrar tan oscuramente cerradas en los días de su muerte? No quiero evocar tales momentos, siglos debí decir, en que rodeado tan de cerca por su familia, por su pueblo, las únicas puertas que le dejaron atravesar fueron las de la muerte.

Comentando yo un soneto de Garcilaso, dije en otra ocasión, que para el poeta de Toledo la vida era como un sendero estrecho, empinado, en cuya difícil cumbre se encontraba la noche. Comparaba yo esta imagen con las que nos da Jorge Manrique en su elegía, que considera la vida como un río en descenso hacia la mar que es el morir. A este concepto tan sosegado y fatalista se opone el de la vida como esfuerzo, con

propia voluntad de elevación. Antonio Machado tan contemplativo, amó siempre por encima de todo los versos de Jorge Manrique. En su rincón provinciano dejaba pasar su vida, tan llena de pensamientos, glosando en ella la repetida imagen:

Nuestra vida son los ríos
que van a dar a la mar
que es el morir. ¡Gran cantar!
Entre los poetas míos
tiene Manrique un altar.

Y sin embargo su muerte iba a ser la otra, la del soneto de Garcilaso:

Y sobre todo espántame en la vía
ejemplos tristes de los que han caído.

tomando al pie de la letra estas dramáticas palabras. Antonio Machado por el sendero estrecho, el del deber, hacia la difícil cumbre, la de la muerte, salió de su España, de su vida, no como un río que va a dar en la mar, sino como un ensordecedor huracán de llanto que va a dar en la noche.

Quizá sea aquí en donde deba citar las palabras de un gran poeta de América, Pablo Neruda, que así refiere la muerte de Don Antonio:

"Y en esta fila amarga, entre los niños hambrientos y las madres heridas, miro antes de morir, a este caballero, a esta apostura de encina y piedra tocada por la nieve, a este héroe de una profunda España, que es ahora solo un estremecimiento, solo una cuchillada en la sangre, sólo una semilla en la frente de todos los hombres".

* * *

Oigamos algunas de sus últimas enseñanzas. En 1936, en los primeros meses trágicos, nos dice: "Escribir para el pueblo ¡que más quisiera yo! Deseoso de escribir para el pueblo, aprendí de él cuanto pude, mucho menos, claro está, de lo que él sabe. Escribir para el pueblo es escribir para el hombre de nuestra raza, de nuestra tierra, de nuestra habla, tres cosas inagotables que no acabamos nunca de conocer. Escribir para

el pueblo es llamarse Cervantes en España, Shakespeare en Inglaterra, Tolstoy en Rusia. Por eso yo no he pasado de folklorista, aprendiz, a mi modo, del saber popular. Siempre que advirtais un tono seguro en mis palabras, pensad que os estoy enseñando algo que creo haber aprenido del pueblo".

Y más adelante esta graciosa burla: "Si quisiéramos piadosamente, no excluir del goce de una literatura a las llamadas clases altas, tendríamos que rebajar el nivel humano y la categoría estética de las obras que hizo suyas el pueblo y entreverarlas con frivolidades y pedanterías".

Porque escuchó atentamente a su pueblo se dió el milagro de que llegara a escribir sus sencillos versos en los años del modernismo, a pesar de que Don Antonio fuera uno de los mejores amigos de Rubén, a quien admiró profundamente. Tal vez la última frase que oí de los labios de Machado fuera esta: "Rubén Darío, para mí, es muy superior como poeta a Don Luis de Góngora". Y sin embargo Antonio Machado no fué un poeta modernista. El mismo se apunta la gloria de haber seguido camino bien distinto: "Pensaba yo que el elemento poético no era la palabra por su valor fónico, ni el color, ni la línea, ni un complejo de sensaciones, sino una honda palpitación del espíritu; lo que pone el alma, si es que algo pone, o lo que dice, si es que algo dice, con voz propia, con respuesta animada al contacto del mundo". Antonio Machado representa ante el renacimiento modernista iniciado por Rubén Darío, desde las Repúblicas de América, lo que representó en menor grado, en el siglo XVI, Cristóbal de Castillejo con relación al otro renacimiento iniciado por Garcilaso, desde las Repúblicas de Italia. Frente a la aristocracia del arte, Machado colocó lo popular del sentimiento. Voy a tratar de exponer algunas de sus ideas sobre la cultura española.

Antonio Machado hace una separación, divide en dos campos nuestra literatura. Frente a lo calderoriano, coloca lo cervantino, que es casi como dividir el pensamiento en dos mundos: el artístico en que todo es fantasía, sueño, hasta la vida,

y el natural en que todo es realidad, vida, hasta el sueño. Segismundo y Don Quijote frente a frente. La obra de Cervantes frente a la de Calderón debiera titularse "Don Quijote o el sueño es vida".

Tal vez sea Valle-Inclán el gran calderoniano de nuestra época, con el que Machado a más de estrecha amistad y respeto mantiene notables coincidencias. Sobre todo en su capacidad para lo cómico. Porque Machado, el severo poeta de Castilla, es un agudo humorista y su poesía satírica de la mejor estirpe. Antes de la guerra me encontré en Madrid con un hermano suyo. Me invitó a que fuera a tomar algo en el café Varela en donde se reunían. Al poeta le gustaba hacer reir con sus ocurrencias. Naturalmente no cultivaba el chiste.

En un hotel de Barcelona me decía: "No puede Vd. figurarse el daño que hace el chiste grosero, esa gracia gorda de las comedias de hoy día. El público se acostumbra y luego es imposible hacerle sonreir con una fineza. Así resulta que esto que es tan gracioso—y me citó no sé que palabras de Cervantes—no hace reir a nadie". Aquella tarde me habló con entusiasmo juvenil de la literatura francesa. Sin embargo yo le encontré muy viejo. Hundido en el sillón, con su traje verdoso o gris oscuro, muy salpicado de picaduras de tabaco, la frente hermosa pero con venas como larvas, muy sinuosas y salientes, la mirada noble, el labio superior alzadocon orgullo, todo él bajo una espesa lluvia de ceniza.

Las cosas que le hacían gracia a Don Antonio, que le hacían toser y sonreir, eran frases de este estilo: "El silencio es el aspecto sonoro de la nada". Le gustaba el juego espiritual, lo entendía siempre. Pero lo gracioso era para él algo muy serio y tenía que estar equilibrado por otra gran ala, por lo trágico. Su pensamiento en luz y sombra de continuo, se inclinaba a diestro y siniestro, entre el día y la noche, entre la negación y la fe, entre la alegría y la desesperación. Pero el pensamiento era para el poeta algo ajeno a su ser, algo exterior que le servía para sentir la vida. Por eso cuando piensa toma

de dos figuras imaginarias sus pensamientos, son Juan de Mairena y Abel Martín sus pensadores. Desde que inventa estos dos personajes su obra se sostiene en un continuo balanceo, en una ajena duda. Coloca la incertidumbre religiosa fuera de su alma. Considera la duda como factor necesario para su creencia. Cree profundamente:

¡Oh fe del meditabundo!
¡Oh fe después del pensar!

Y en otra ocasión nos dice: "Aprende a dudar, hijo, y acabarás dudando de tu propia duda. De este modo premia Dios al escéptico y confunde al creyente".

Con Unamuno, el otro gran quietista de su tiempo, se indigna contra quienes hacen de la vida espiritual, de la vida del pensamiento, cosa vedada. Todo ha sido ya pensado anteriormente para esos vividores. Les basta con la fe del carbonero. Rezan a un Dios que no conocen, aman unas verdades que ignoran y fatigados de antemano de toda especulación metafísica ponen en alto la oración que vi grabada en los muros de un convento: "Líbrenos Dios de la funesta manía de pensar." Palabras que están dentro del espíritu de la reacción española de todos los tiempos, pero que siempre fueron contradecidas por los fundadores, reformadores, pensadores católicos de España. Miguel de Unamuno y Don Antonio Machado forman parte de esa legión de Santos.

Juan de Mairena escribe: "Cuando leais la obra de Descartes, el mayor padre de la filosofía moderna, vereis como es la duda lo que no aparece por ninguna parte. Duda poética, que es duda humana, de hombre solitario y descaminado, entre caminos, entre caminos que no conducen a ninguna parte".

La duda humana, entre caminos que no conducen a ninguna parte, no aparece tampoco en la obra de Don Antonio. ¡Cómo se hace querer el poeta por sus versos! Extraña cosa en una poesía de sus calidades, porque Antonio Machado, aunque

le llega la voz de Bécquer, y fuera sevillano como él por su nacimiento, no es un poeta amable en el sentido andaluz de la palabra. El amor en Andalucía, muchas veces es cuestión de labia, de boquilla, como allá se dice. En Andalucía el amor es cuestión de labia o de hondura. Tiene la gracia superficial de las flores o el dolor hondo de las raices profundas. Amor de herida, oscuro, entrañable, en el sentido físico de la palabra. El amor en Castilla es más noble. Hace del amor ejercicio de inteligencia. Es cuestión de conducta. Continuamente domina su pasión para no herir, tampoco suele quejarse de las heridas que recibe.

Antonio Machado canta:

¿Por qué, decisme, hacia los altos llanos
huye mi corazón de esta ribera
y en tierra labradora y marinera
suspiro por los yermos castellanos?
Nadie elige su amor. Llevóme un día
mi destino a los grises calvijares
donde ahuyenta al caer la nieve fría
las sombras de los muertos encinares.
De aquél trozo de España, alto y roquero,
hoy traigo a ti, Guadalquivir florido
una mata del áspero romero.
Mi corazón está donde ha nacido
no a la vida, al amor, cerca del Duero...
¡El muro blanco y el ciprés erguido!

No a la vida, al amor, nació el poeta en Castilla; en Soria, en donde conoció a su esposa, cuyo recuerdo le acompañó siempre. No sé quien me contó que al poco tiempo de casada la mujer del poeta sufrió una larga enfermedad que la llevó a la muerte. Me dijeron que Antonio Machado la conducía de paseo, en su carrito de inválida, por las calles de la ciudad castellana, durante largos años. A mí me producía mucha pena esta historia. Y cuando leo sus poemas que se refieren a estos tristes amores me entran ganas de llorar. El poeta los agrupó

bajo el título: "Los sueños dialogados" siendo el anterior soneto el segundo de la serie. El primeero dice así:

¡Cómo en el alto llano tu figura
se me aparece!... Mi palabra evoca
el prado verde y la árida llanura,
la zarza en flor, la cenicienta roca.
Y al recuerdo obediente, negra encina
brota en el cerro, baja el chopo al río;
el pastor va subiendo a la colina;
brilla un balcón de la ciudad, el mío,
el nuestro. ¿Ves? Hacia Aragón, lejana
la sierra de Moncayo, blanca y rosa...
Mira el incendio de esa nube grana,
y aquella estrella en el azul, esposa.
Tras el Duero, la loma de Santana
se amorata en la tarde silenciosa.

"Los sueños dialogados" con su esposa muerta, llenan su soledad de fiel amante:

Con el incendio de un amor prendido
al turbio sueño de esperanza y miedo
yo voy hacia la mar, hacia el olvido.

Así fué su gran amor. Fiel amante y leal amigo era ante todo el poeta. He citado los nombres de Valle-Inclán, de Unamuno, de Azorín,

"Admirable Azorín, el reaccionario"

como le canta cariñosamente.

A Unamuno le dice:

Siempre te ha sido ¡oh Rector
de Salamanca! leal
este humilde profesor
de un instituto rural.

En cuyos sencillos versos, encontramos el abjetivo que acabo de asignarle, leal. Fiel amante y leal amigo Antonio Machado es ejemplo también de lealtad y fidelidad al pueblo a

quien entregó su vida, lealtad que le lleva a encararse con él cuando le ve descaminado, fidelidad que le guarda hasta la muerte.

Esta fidelidad se encuentra en sus mejores poemas:

Yo contemplo mi equipaje
mi viejo saco de cuero
y recuerdo otro viaje
hacia las tierras del Duero.
Otro viaje de ayer
por la tierra castellana
¡Pinos del amanecer
entre Almazán y Quintana!
¡Y alegría
de un viajar en compañía!
¡Y la unión
que ha roto la muerte un día!
¡Mano fría
que aprietas mi corazón!

Otra vez el sentimiento elegiaco por su esposa. A causa del vacío que le dejó la muerte no ve por los luminosos campos de Jaén que recorre sino "montes y valles sombríos" para terminar con esta copla, que ahora le sale de lo más hondo de su Andalucía:

Tan pobre me estoy quedando
que ya ni siquiera estoy
conmigo, ni sé si voy
conmigo a solas, viajando.

Es frecuente en los versos que pudiéramos llamar prosáicos de Machado, en donde la ironía y el pensamiento lógico son los principales elementos, encontrar las más profundas palpitaciones del espíritu:

¿En estos pueblos se escucha
el latir del tiempo? No.
En estos pueblos se lucha
sin tregua con el reló,
con esa monotonía

que mide un tiempo vacío.
Pero ¿Tu hora es la mía?
¿Tu tiempo reloj, el mío?
(Tic-tic. Tic-tic) Era un día
(Tic-tic. Tic-tic) que pasó
y lo que yo más quería
la muerte se lo llevó.

Su poesía popular, dramática, adquiere su más definitiva sencillez y profundidad en el hermoso poema "La Tierra de Alvargonzález". Antonio Machado nos confiesa que aprendió a leer en el Romancero General que compiló su tío Don Agustín Durán. El Romancero, Manrique, Garcilaso, Cervantes y Bécquer tal vez fueran sus poetas preferidos, pero nunca hizo simulación retórica con ellos. Es admirable la continuación que encuentra en Machado nuestra lírica tradicional, pero esta continuación nunca es eco ni resonancia, sino natural enriquecimiento, porque Machado añade a nuestra poesía elementos de vida que antes no habían sido expresados, porque sus versos imperecederos descubren claramente la hora y lugar en que fueron dados a la luz. Al escribir el romance de Alvargonzález no era propósito del poeta resucitar el género en su sentido tradicional. La confección de nuevos romances viejos —caballerescos y moriscos—no fué nunca de su agrado y toda simulación de arcaismo le parecía ridícula. Quizo inventar historias animadas, que pudieran vivir por sí mismas.

* * *

He trazado sobre la tumba del poeta una gran cruz de poesía. Desde Jorque Manrique y Garcilaso, cruzándole el corazón una línea baja hasta García Lorca y Alberti, sus mejores discípulos. Otra línea menor, más corta, horizontal, toda presente, es la que va desde Azorín y Unamuno hasta Valle-Inclán y Juan Ramón Jiménez, sus contemporáneos. Por ella circulan todos los nombres del 98, por quienes Machado en los últimos años de su vida alzó la voz en tono de defensa: "Estos jóvenes—Mairena aludía a los que hoy llamamos veteranos del 98—

son acaso la primera generación española que no sestea ya a la sombra de la Iglesia, o si os place mejor, a la sombra de la sombra de la Iglesia. Son españoles españolísimos, que despiertan más o menos malhumorados al grito de ¡Sálvese el que pueda!

Y ellos se salvarán, porque no carecen de pies ligeros ni de plumas recias. Pero vosotros tendréis que defender su obra del doble **Index librorum prohibitorum** que la espera: del eclesiástico indefectible y... del otro. Del otro también, porque, frente a los que sestean a la sombra de la Iglesia están los que duermen al sol, sin miedo a la congestión cerebral, los cuales llevan también el lápiz rojo en el bolsillo".

Estas palabras de Machado, escritas en plena guerra, nos dan la medida de su liberalismo. Lo más importante de la lucha es para Machado el respeto al enemigo. Valoremos en toda su intención la siguiente parábola.

Juan de Mairena dice así:

"Os confieso mi poca simpatía por los boxeadores americanos. Hay algo en ellos que revela la perfecta ñoñez de las luchas supérfluas a que se consagran y es la indefectible jactancia previa de la victoria. Si interrogáis a Jhonson en víspera de combate, Jhonson os dirá que su triunfo sobre Dewey es seguro. Si interrogáis a Dewey, Dewey no vacilará en contestar que Jhonson es pan comido. Y yo desearía un juez de campo tan hercúleo que fuese capaz de coger a Johnson y a Dewey y de aplicarles una buena docena de azotes en el trasero. ¡Qué falta de respeto al adversario! Y sobre todo ¡qué falta de modestia! ¡Cómo se ve que estas luchas, no siempre incruentas, tan del gusto de los papanatas, no pueden contener un átomo de heroismo! Porque lo propio de todo noble luchador no es nunca la seguridad del triunfo, sino el anhelo ferviente de merecerlo, el cual lleva implícita—¿cómo no?—la desconfianza de lograrlo.

El torero, el gladiador estúpido, según el apóstrofe airado de un poeta, es mucho menos estúpido que el boxeador.

—¿Y qué nos va usted a enseñá esta tarde, Sarvaó?

—Pue, que a sartá el olivo.

—¡Maestro!

—Si sale un torillo claro, s'ará lo que se puea.

Ee decir, lo que hace un hombre, en las circunstancias en que un hombre pueda hacer algo con un toro de lidia. Quien habla así podrá no ser un héroe pero no es un bruto.

Hacer lo posible por merecer el triunfo es lo que dignifica la lucha y en la conciencia de esa dignidad es donde reside la verdadera la única victoria".

A nosotros nos toca buscar este triunfo.

Julián Besteiro

Entre los jefes más destacados de la República española —fenecida, pero no enterrada— figura el que fué honorable presidente de las Cortes Constituyentes de 1931, el insigne Julián Besteiro. Todos los demás jefes andan por el mundo, y, aunque no lo pasen muy bien, han salvado la libertad, que vale más que la vida. Solo Julián Besteiro —víctima de un error, de un gesto, de una obstinación, de una conducta ejemplar, no importa para el caso— se encuentra en presidio. NUESTRA ESPAÑA *le saluda respetuosa y emocionadamente.*

Los Soldados ESPAÑOLES

PALABRAS *del GENERAL POZAS*

Cuando el espejismo desaparece, se aquietan las pasiones y la realidad de las cosas se presenta desnuda y lejana es el momento en que los hombres pueden mirar hacia adentro y, evocando el rosario de sus actos, sentir remordimiento o satisfacción.

La rebelión militar de nuestra Patria a nadie sorprendió. Se anunciaba diariamente. En las manos de los hombres que ejercían las funciones de Gobierno estuvo el poder de acabar de una vez y para siempre con los que jugaban con la benevolencia de la República. Benevolencia que procedía de su fuerza, pues no puede ser benévolo quien no se siente fuerte.

La República jamás hizo nada por conocer a sus enemigos. Vino un día de abril entre las sonrisas de todo un pueblo y se distinguió por el trato generoso que dió a aquellos que declaradamente le eran hostiles, creyendo hacerles sentir mediante la gracia del perdón su grandeza y su autoridad.

Un día creyó en el honor de sus enemigos y fué apuñalada por los que habían jurado defenderla. La traición no solo fué a la República, sino a España. Sin fuerza para derrocar el régimen republicano, sus enemigos pidieron ayuda a italianos y alemanes vendiendo la Patria.

La desdichada sublevación prefirió la vergüenza de la invasión extranjera a una derrota que hubiera salvado su ho-

nor, dejándole una bandera que tremolar sin ignominia. Prefirió triunfar deshonrándose y encontrando la muerte en su propia vida.

¡Qué caro lo están pagando ya aquellos que vendieron sus conciencias! Y eso que están aun en la luna de miel. Ya están en posesión del territorio español, pero son incapaces de imponer, bajo la bandera que encubrió la traición, su credo político. No conocían a España. Si hubieran conocido el alma española hubieran comprendido la inutilidad de tanto crimen como han cometido.

Reducir a los españoles es más fácil que dominarlos. Lo primero ha costado tres años. Lo segundo, jamás.

Poseer materialmente el territorio no vale la pena, sobre todo si pesa sobre él una doble hipoteca al extranjero. ¿Para eso han hecho derramar tanta sangre? ¿Para eso ha muerto en las trincheras lo mejor de España? ¿Para eso se ha desatado el odio entre hermanos? ¿Para eso han bajado los ríos de España teñidos de sangre durante tres años y han sido nuestras ciudades destruidas e incendiados nuestros campos, hundidos nuestros barcos de guerra y destruida nuestra marina mercante? ¿Para eso se ha arruinado España?

Y todavía hay, acaso, algún loco que sueña para España más días de luto y de ruina. Todo inútil. Conozco a mi patria. Cantando van los hombres a la muerte, y mueren, como amapolas abrasadas por el sol, devorados por el fuego de la libertad y de la justicia.

Ya soy viejo. Solo fuí un soldado leal a España y a la República, lealtad que me ha deparado días de amargura inmensa al contemplar la lucha que ardía entre españoles. Ni el exilio ni la miseria me importan. Solo me preocupa la tranquilidad de mi patria. Si mis enemigos la logran, yo me alegraré. Si no pueden, soldado de España soy y mi vida a España pertenece. Si ésta peligra y me necesita, solo diré una palabra: ¡Presente!

COMO MURIO
UNAMUNO

por A.

Rebelde e inadaptable, puro espíritu de contradicción, decepcionado al ver que la República no era él, él solo, Miguel de Unamuno, que no había venido para él solo, para su única gloria, el gran ególatra, que aspiró a serlo todo en España por razón de estirpe y a título de personalidad, se había ido separando de sus amigos, los que le habían rodeado en la oposición y acompañado en el destierro, seducidos por la brillantez de la paradoja y la fuerza de la hipérbole. Todos estos hombres de espíritu egregio tienen un flaco: la voluntad. Es el gran flaco de la cultura, ya claudicante en Erasmo, enjaulada con Voltaire en el séquito y entre el equipaje de Federico, deslumbrada ante Napoleón, y buen ejemplo de ello el prodigioso Hegel, por lo que Goethe, no pudiendo definirlo de un modo humano, y no queriendo remontarse a lo divino, llamaba lo demoníaco. Es lo que hace a los filósofos y a los retóricos formar en el cortejo de la tiranía, entre los bárbaros que agitan las plumas. No queda más recurso que el suicidio, cuando se es Séneca y son los duros tiempos de Roma.

El caso es que el gran Unamuno se adhirió desde el primer momento a la rebelión militar. Y lo hizo con tal entusiasmo, con tal fuerza de convicción, al parecer, que dirigió a todas las Universidades del mundo un documento en latín en el que se proclamaba que el minúsculo Franco se había alzado en defensa de la civilización occidental. Tal un pigmeo que de pronto se convierte en Godofredo de Bouillón.

Pero la veleidad acompaña en el genio a la flaqueza. Peligroso espejismo, además, la vanidad literaria. El héroe entrevisto en el miraje puede resultar un vulgar malhechor y la cruzada convertirse en partida de bandidos. Manso, el leader socialista de Salamanca, es empalado y sacrificado en la Plaza de Toros. Villalobos, el compañero fiel de los paseos a orillas del Tormes o entre las dehesas por la carretera de Ciudad-Rodrigo, desaparece. Van faltando a la tertulia del Rectorado, entre aquellos montones de libros, escritos en latín y en griego, tan amados del maestro, gloria y polvo de los siglos, los que van cayendo ante el pelotón de ejecuciones o hacen mutis sin que se sepa cómo. ¿Para eso se dirigió al gran políglota a todas las Universidades del mundo? ¿Y nada menos que en latín, como lo hacía Erasmo, con aquella pluma insigne, pero liviana y frágil, que la violencia de la Reforma va a tronchar? ¿Y nada menos que en defensa de la civilización occidental?

¡No; no eso! Y empieza la crítica magistral —¿no es Unamuno el gran rebelde, el eterno inadaptado?— en forma de paradojas agudas, de frases ingeniosas y amargas, de duros sarcasmos, que unas veces escapan a los oidos del censor y otras no. Corren ya los días de septiembre, que en Salamanca brillan entre un polvillo de oro y están cargados de madurez. El maestro pasea solo, sin los amigos habituales, que están ya muy lejos. Acaso medita el discurso que ha de pronunciar el 1º de octubre en la solemne apertura de curso. Tal vez no advierte —tampoco lo advertían los herejes que la Inquisición acechaba en el mismo Salamanca, como el buen fray Luis— cómo se va enrareciendo el ambiente en torno suyo, cómo las gentes se van apartando del hombre peligroso.

En la tradicional solemnidad universitaria de 1º de octubre el Rector era antes la primera figura. Las armas se inclinaban cortesmente ante las letras y hasta el Obispo dejaba hablar a la ciencia libremente. Ahora la primera figura es un General físicamente mutilado y espiritualmente deficiente. Y es él

quien lleva la voz tonante, que lanza como un reto, como una provocación a la gloria de la Universidad salmantina, en el duelo secular entre el libro y la espada. El general, que no conoce más lenguaje que el de la insolencia, arremete contra los catalanes y contra los vascos, entre insultos e improperios. Y es vasco el Rector, y catalán el Obispo. El Rector, cuando le conceden permiso —ahora la Universidad es un cuartel— trata de replicar modestamente. Y entonces se produce lo inaudito. el General, en medio del aula, rodeado de profesores y de alumnos, pero también de soldados, lanza un estentóreo ¡muera la inteligencia! Ha dejado tamaño al famoso rector de Cervera, que se conformaba con alejar de sí "la funesta manía de pensar". Y el público, enardecido por los uniformes, oteando los cañones de los fusiles y husmeando la sangre, corea el grito del General amplificándolo y haciéndolo retumbar por todas las bóvedas de la Universidad. Así se consumó la bárbara profanación. Los caballos de la facción —nunca habían hecho otro tanto los de Cabrera— hollaron con sus cascos inmundos la cátedra de Fray Luis, lugar de peregrinación religiosa en los fastos de la cultura hispánica.

Con el escándalo se produjo la dispersión y en la dispersión el revuelo del comentario. Fué entonces, al retirarse ahogado por la cólera, cuando el maestro dijo, rechinando los dientes, aquello de "venceréis, pero no convenceréis", y aquello otro de que él no quería una España mutilada como Millán Astray. El público, que seguía vociferando, le amenazaba, y tuvo que salir protegido por una mujer, la esposa del ya dictador, que se interpuso entre el maestro y la canalla.

El maesttro, destituido inmediatamente del cargo de Rector, ya no volvió a salir de casa. Se encerró entre sus libros, en la gran biblioteca que su espíritu pobló de sueños y en la que cuajaron tantas ideas geniales. Escasos amigos le visitaban. Transcurrieron, melancólicos, los días del otoño, y llegaron, duros y acerados, los del invierno. Queremos detenernos ante el sagrado misterio de aquellas horas. Un atardecer,

a últimos de diciembre, el maestro conversaba con un amigo leal ,los pies sobre el brasero, llena el alma de tristeza. Y cayó muerto sin una sola palabra. Murió de un derrame sanguíneo. Le mató el mismo poderoso cerebro que le dió la vida inmortal.

El entierro fué una apoteosis macabra. La canalla fascista se apoderó del cadáver ilustre, y los falangistas lo pasearon, a hombros, por toda la ciudad hasta el cementerio. Allí le hicieron los mismos ritos que a José Antonio después, hubo aquello de ¡Miguel de Unamuno, presente!, y la trágica mascarada terminó en un desfile triunfal.

Pero el espíritu del maestro, aquel espíritu sediento de inmortalidad, se libertó por el suplicio, que suplicio de muerte fué el bárbaro ultraje del 1º de octubre, de la esclavitud fascista. Y así el gran Miguel de Unamuno es un mártir nuestro, al mismo tiempo que una gloria, como lo es Miguel de Cervantes, de toda España. En la "Vida de Don Quijote y Sancho" como "En torno al casticismo", en "El sentido trágico de la vida" como en "La agonía del cristianismo", está todo lo que hay de ansia de vida espiritual y de amor a la justicia eterna en nuestra alma castellana y española, seca y ardiente, dura como la encina a la helada de los siglos. Y así es de fervoroso cual ninguno nuestro homenaje al maestro que, como el Cristo, "el Cristo de Velázquez" y el Cristo suyo, sólo alcanzó la "paz en la guerra".

El Derecho de Guerra

(1)

Toda la Historia de la Humanidad coincide esencialmente en un punto, que es como el ansia que anida en el corazón de los hombres buenos y consiste en el deseo de convivir con el máximum de bienestar en un medio de paz y armonía social. Así vemos manifestarse desde los tiempos más remotos la conciencia de varones ilustres en pro de la Paz entre los hombres. Innumerables obras literarias y Proyectos meritísimos han sido dados a la publicidad, con más o menos acierto, con mayor o menor visión de cada momento histórico, pero todos ellos dignos de loa.

La guerra ha sido siempre condenada por las conciencias puras y considerada como terrible azote de la Humanidad. Sobre la guerra se han escrito millares y millares de libros interesantísimos ocupándose principalmente de tan debatido tema como el del "Derecho a la guerra", especialmente a partir de la aparición, como Derecho sustantivo, del Derecho internacional, de cuya ciencia se considera fundador a nuestro compatriota Francisco de Vitoria, que destacó su personalidad filosófica en la doctrina del Derecho natural, del Derecho de gentes y de la Sociedad política. Este maestro del Derecho in-

(1) Del libro **Educación Moral Militar** de Jesús Vázquez, Comandante de Carabineros, Director de la Escuela Automovilista, y Juan Vázquez, Comandante-Profesor de la Academia de Oficiales de Seguridad. Inédito. Se hallaba en prensa en Barcelona, en enero de 1939.

ternacional se ocupa particularmente del problema de la guerra en la **relección**, destinado a plantear si era o no lícito hacer la guerra contra los indígenas de América. En el mismo siglo XVI florecieron otros internacionalistas de cuna española, entre los cuales merece ser señalado Fernando Vázquez de Menchaca, filósofo del Derecho y famoso internacionalista, que contribuyó poderosamente a la construcción del Derecho de gentes, proclamando la libertad de los mares con anterioridad a Grocio, del que podemos citar también como precursores a los españoles Luis del Alcázar y Francisco Suárez, que se adelantan al holandés en muchos e importantes puntos del Derecho internacional.

Hugo Grocio, holandés, es uno de los más grandes pensadores del pacifismo tradicional, de aquel pacifismo que condenaba la guerra como una catástrofe de las más terribles consecuencias así en el orden material como en la esfera de lo moral. En su libro **De jure belli ac pacis**, publicado en 1625, condena la guerra en general como medio político, aceptando tan solo como causas legítimas de guerra "alguna injuria o alguna injusticia de parte de aquel contra quien se toma las armas" y también en casos de legítima defensa, que además ha de ser necesaria, es decir, cuando con "certidumbre moral" existe la seguridad absoluta de que el probable agresor "no tiene tan solo el poder, sino también la voluntad de agredir". Manifiesta también el egregio holandés intentos de humanización de la guerra: comenzada ésta por las causas y en los casos únicos en que la acepta, dice que no debe proseguirse más que "manteniéndose en los límites de la justicia y la buena fe".

Desde que Grocio publicó el aludido libro sobre el derecho de la guerra y de la paz, las prensas no han cesado de trabajar con motivo de tan debatido problema. Según opinan algunos filósofos, la guerra significa "el castigo impuesto a los hombres y a los pueblos por no haber pensado seriamente, con

calma y veracidad, sobre lo que la guerra es en sí y en sus consecuencias".

La guerra no es una mera "expansión de la violencia física, sino que es una controversia de poderío y voluntad entre las personas espirituales colectivas que denominamos Estado". Su finalidad última es el máximum de dominio sobre la tierra, para lo que es esencial el empleo de medios físicos violentos. Según la interpretación naturalista de la guerra, el ejercicio de la violencia con sus resultados de matanzas, devastación, ruina, etc., son el índice y el núcleo de la misma.

Otras concepciones amplían su significado. Diferenciando la guerra de toda lucha por la existencia, afirman que en la guerra se lucha por algo superior a la existencia; se lucha por el poderío y por lo que de él depende y con él coincide: la **libertad política**. En su virtud, no son guerra aquellas labores de exterminio llevadas a cabo contra los indios y los negros; éstas son, en realidad, la **caza** de una especie por otra. La guerra, considerada bajo este punto de vista, no busca el aniquilamiento de agrupaciones humanas naturales, sino un nuevo reparto del poderío espiritual colectivo sobre esas unidades naturales. Sin embargo, haciendo paréntesis de los fines más o menos lícitos, de aquellos que implican tan solo apetencias de poderío y de dominio, y pensando en los medios cada día más destructivos e inhumanos y en las consecuencias que su empleo fatalmente acarrea, la guerra, abstracción hecha de toda interpretación jurídica, significa la negación del intelecto y la anulación de la coonciencia: un retroceso a estadios de la cultura y de la civilización en los que la venganza y la crueldad eran dogma, principio y fin de todos los valores humanos.

Un escritor moderno simboliza la guerra en la "segadora con calavera. Segadora sin mirada que destruye ciudades y cosechas, que degüella a los niños en el seno de la madre. El hambre y la devastación siguen sus pasos. La guerra lo destruye todo, hasta a quien la sigue. Anula al hombre como ser

consciente convirtiéndolo en máquina arrastrada por la fatalidad de otra máquina. Aviadores que no son más que un aparato decisivo junto al motor y los lanzabombas; artilleros que no son más que una tabla de tiro inteligente al lado de sus baterías; tanquistas que solo son un dispositivo de dirección de tiro a bordo de un camión erizado de cañones y ametralladoras". Y, recogiendo un pensamiento sobre la guerra futura, diremos que será "una lucha final que lleve a la desaparición total a una o varias de las naciones participantes; formidables contiendas desconocedoras de la piedad y en las cuales serán arrasadas metódicamente comarcas enteras hasta que no quede en ellas ni una casa, ni un árbol, ni un ser viviente".

Todo Estado que emprende una guerra suele obrar, o al menos toma la apariencia de que obra, en **vista** de la tutela de un derecho o pretensión legítima; de aquí que la guerra pueda ser considerada como un procedimiento ejecutivo que tiende, en las relaciones entre los Estados, a obtener coactivamente la reintegración de un derecho violado. o la satisfacción de una pretensión discutida.

En otras épocas, y principalmente por los escritores que fundamentaban sus estudios en el **Derecho natural,** se polemizó mucho sobre la distinción entre causas justas e injustas de la guerra. Más recientemente ha sido sostenido que el concepto de legitimidad de una guerra es extraño al Derecho internacional positivo, el cual solo puede sostener **cómo** la guerra debe ser dirigida, pero no **cuándo** puede ser practicada. En todo caso hay que reconocer que no toda guerra se presta a la apreciación jurídica de su legitimidad; así sucede cuando una guerra, prescindiendo de cualquier norma jurídica que la condene o la justifique, tenga por causa la existencia de un conflicto de intereses divergentes.

Considerada la guerra desde el punto de vista de la concepción naturalista, es decir, como **matanza,** no cabe, partiendo de la idea de justicia, o del sentimiento de amor a la espe-

cie humana, defenderla ante la conciencia moral y debe ser condenada aún cuando fuese creadora de elevados valores culturales.

Apóyase la fundamentación de una moral de guerra en aquel pensamiento de Dostoyewsky, según el cual en la guerra no se tiende a matar, sino a debilitar al enemigo. Pero ¿puede darse por resuelto un problema como éste de la guerra, que requiere la máxima justicia, con la vaga fórmula de que no es la muerte del individuo su "fin principal"? El que para robar mata tampoco se propone "principalmente" matar, y, sin embargo, asesina. Wells dice: "No debemos reconocer como necesaria y heroica más guerra que la defensiva, y como únicos guerreros honorables a hombres cuales los labriegos de Vise, que marcharon armados con sus fusiles de caza contra la multitud invasora que destruía sus campos".

La guerra se justifica y crea su moral en la conciencia de los propios derechos, la energía para hacerlos respetar, el anhelo de extender la esfera de su influencia. A ésto podría objetarse que hay otros medios de ejercer influencia legítima sobre los demás. La guerra no es el ejercicio del poder del Estado sobre otros Estados, sino la concreta voluntad de ejercerlo por medio de la violencia y la coacción. No puede, pues, decirse que es inesencial, extrínseco a la voluntad bélica el matar; por el contrario, la guerra es para la ética un caso particular del derecho a matar.

Los Grandes Precursores Asturianos de la Democracia Española. *El "Divino" Argüelles.*

por JUAN DE OVIEDO

No hay que confundirlo con ningún otro Argüelles ¿eh?. Se trata del insigne hombre de Estado, ministro y jefe de Gobierno, orador elocuentísimo y publicista notable; del excelso tribuno de las Cortes de Cádiz, del gran Argüelles, de Argüelles el "divino".

Su contemporáneo y paisano Toreno trazó de él la siguiente semblanza: "A la cabeza de los liberales campeaba D. Agustín Argüelles, brillante en la elocuencia, en la expresión numeroso, de ajustado lenguaje cuando se animaba, felicísimo y fecundo en improvisados debates, de conocimientos varios y profundos, particularmente en lo político, y con muchas nociones de las leyes y gobiernos extranjeros. Lo culto y noble de su acción nada afectada, lo elevado de su estatura, la viveza de su mirar, realzaban su simpática presencia..."

No hay un solo gran debate de las Cortes de Cádiz—los derechos del hombre, la reforma penal, etc.—en que la voz de Argüelles no se eleve y brille como un faro luminoso.

---

(1) El autor de este artículo, primero de una serie, asturiano de nacimiento y de formación espiritual, se siente orgulloso de la obra realizada por sus paisanos tanto en Cuba como en otras Repúblicas americanas. Pero este gran esfuerzo ha sido dirigido principalmente en una dirección, y urge extenderlo a otras esferas de la humana actividad. No solo importan el bienestar económico y la salud física. Asturias, allá en el viejo y glorioso solar de la Península, no solo es una fuerza económica; es, además, una cultura. Y es preciso que ésta envuelva y acompañe al asturiano que lucha en todos los continentes, no solo por el pan, sino también por la vida digna del hombre libre.

En lo referente al orden penal, la situación de España era, según penalistas modernos y bien informados, la que describió Pacheco en los siguientes trazos: "Todos los absurdos, todas las crueldades que distinguían nuestra legislación criminal de hace seis siglos, todos ellos han llegado en su completa crudeza hasta el siglo presente. El tormento, los azotes, la marca, la mutilización estaban aún vigentes... La pena de muerte seguía aplicándose a los que robaran en cualquier parte del reino cinco ovejas o el valor de una peseta en Madrid, y en este punto, no solo estaba la dureza en las leyes, sino que pocos años ha se ejecutaban éstas con una severidad draconiana. La sodomía y la herejía eran también crímenes mortales, y las hogueras se han encendido más de una vez para judaizantes y hechiceros".

Las ideas modernas, contrarias a este orden de cosas, difundidas en Europa por el famoso Beccaria, Brissot de Verville y otros hombres insignes, iban abriéndose paso entre nosotros. Sin apasionamientos, con gravedad y moderación castellanas, las reflejaba un libro que había alcanzado gran autoridad: el **Discurso sobre las penas**, de Lardizábal. Pero era preciso llevarlas a la nueva legislación, y esto fué lo que hizo Argüelles. En la sesión de las Cortes, por siempre memorable, del día 2 de abril de 1811 se levanta y dice: "No pudiendo subsistir en vigor en el Código criminal de España ninguna ley que repugne a los sentimientos de humanidad y a los principios que ha proclamado desde su feliz instalación el Congreso Nacional, pido que declaren las Cortes abolida la tortura, y que todas las leyes que hablan de esta manera de prueba, tan bárbara y cruel como falible y contraria al objeto de su promulgación, queden derogadas por un decreto que al efecto se expida". La proposición de Argüelles, no obstante la sencillez de su elocuencia, tiene una fuerza contagiosa y conmueve y arrebata a los Cortes. "Es indecoroso para las Cortes —dice un diputado, el Sr. Golfín—que no se apruebe al momento esa proposición". "Pido—dice el diputado Sr. Villanueva—

que no se discuta este punto, sino que inmediatamente se proceda a votar la abolición de la tortura". "Tratar de discutir este asunto—dice otro diputado, el Sr. Terrero—es degradar el entendimiento humano". Otro diputado, un Sr. Aznárez —el cual, por cierto, pasaba por "servil"—pidió "que a la derogación de la ley de tortura se acompañara la abolición de toda clase de apremios corporales". Y las Cortes aprobaron por unanimidad, sin más debate que este escarceo de generosas impaciencias, la proposición de Argüelles.

Pero Argüelles no se conforma con este triunfo. Millares de presos esperan el momento de ser juzgados en cárceles que son lugares de aflicción más que de seguridad. Argüelles pide que la justicia criminal se administre con todo género de garantías, que se reforme el procedimiento, a fin de acelerar la tramitación de las causas, que se limite la prisión preventiva, que se humanice el régimen carcelario. Y las Cortes de Cádiz proclaman los grandes principios que informan el Derecho Moderno. Ningún español podrá ser juzgado sino por el Tribunal competente, determinado con anterioridad por la ley. El proceso debe ser formado con brevedad y sin vicios legales. Ningún español podrá ser preso sino por delito que merezca ser castigado con pena capital o que sea **corporis aflictiva**. Preso un ciudadano y apareciendo de la causa que no puede recaer pena capital, se le pondrá en libertad mediante fiador. Todo acto del proceso ha de ser público, desde el comienzo del sumario hasta la ejecución de la sentencia. Las cárceles no son para vejar ni hacer sufrir a los reos, sino para su custodia, y deberán ser lo más amplias, sanas y cómodas que sea posible.

Pero no sólo merecen protección los ciudadanos españoles: hay desventurados sin patria que arrastran las cadenas de la esclavitud. Y el insigne y probo Argüelles, el primer gran tribuno de la democracia española, se levanta en una sesión memorable a combatir la trata de esclavos en las colonias. "Pi-

FUNDACION PABLO IGLESIAS BIBLIOTECA

Por todas estas grandes y generosas acciones mereció Argüelles, en los negros días de la reacción fernandina, ser enviado como un criminal al Pontón de Ceuta. Y más tarde, para estar a salvo de esa bárbara y eterna reacción española que es, como la tuberculosis y el cáncer, una plaga de la humanidad, tuvo que vivir expatriado en la grande y liberal Inglaterra, a la vez que otros perseguidos ilustres se acogían a diferentes países. Como hoy los oradores y legisladores de las gloriosas Cortes Constituyentes de la República de 1931, honor de la cultura hispana y honra de la patria.

En el número próximo de NUESTRA ESPAÑA, entre otros interesantes trabajos:

El Ejército *y la* Política

por ALVARO DE ALBORNOZ

Con arreglo al siguiente sumario:

I.—*El Ejército, brazo armado del Estado y brazo armado... contra el Estado.*

II.—*Los famosos pronunciamientos españoles.*

III.—*Ejércitos de régimen y Ejércitos de Partido.*

IV.—*Ejércitos revolucionarios y Ejércitos de dominación.*

V.—*La fuerza de la opinión y la opinión de la fuerza.*

VI.—*El Ejército, las luchas políticas y los antagonismos sociales.*

VII.—*La política militar y la idea nacional.*

VIII.—*Los roedores del Ejército.*

ULTRA

MENSUARIO DE CULTURA CONTEMPORANEA

REVISTA DE REVISTAS

Acogida a la franquicia postal e inscripta como correspondencia de 2ª clase en la Administración de Correos de la Habana.

Director: FERNANDO ORTIZ

Editada por: ULTRA S. A. — O'Reilly 8, Depto. 414. — Habana.

•

Administrador: SERAFIN DOMINGUEZ FRANCO

PRECIOS: Número corriente: Cuba, 20 ctvs.; Otros países, 25 ctvs.
Suscripción anual: Cuba, $2.00; Otros países, $3.00.

ANUNCIOS: Tarifa por inserción: 1 página, $30.00; ½ página, $17.00; ¼ página, $10.00.

Precios convencionales para planas especiales y según duración del contrato.

•

El canje y toda la correspondencia postal diríjase al
Director de ULTRA — Apartado 1649 — Habana, Cuba

ULTRA publica solamente extractos y traducciones de artículos y opiniones extranjeras, indicando sus autores y orígenes.

No se publican escritos sobre asuntoso internos, sino extractos de la prensa mundial, con las últimas vibraciones del pensamiento moderno que sean de interés. Cada autor responde de sus escritos.

La publicidad de un escrito no significa la adhesión a su contenido; ni la falta de su inserción íntegra es la conformidad con las ideas omitidas. No se devuelven manuscritos no solicitados, ni se sostiene correspondencia acerca de ellos.

ULTRA es el órgano de la INSTITUCION HISPANOCUBANA DE CULTURA, establecida en la Habana el año 1926 para la difusión del pensamiento contemporáneo. Los socios de la I. H. C. recibirán cada uno un ejemplar de ULTRA gratuitamente cada mes.

EN LA COLECCION

"El Ciervo Herido"

Bajo la Dirección de CONCHA MENDEZ
y MANUEL ALTOLAGUIRRE

Acaban de Aparecer:

Romancero Popular.
JOSE MARTI: *Versos Sencillos.*
F. GARCIA LORCA: *Poemas escogidos.*
JORGE MANRIQUE: *Coplas.*
ANTONIO MACHADO: *La Tierra de Alvar González.*
MIGUEL HERNANDEZ: *Sino Sangriento.*
MANUEL ALTOLAGUIRRE: *Nube temporal.*
GARCILASO DE LA VEGA: *Eglogas (I y III).*
JOSE DE ESPRONCEDA: *Canto a Teresa.*
P. B. SHELLEY: *Adonais.*
PUSHKIN: *El Convidado de piedra y Festín durante la peste.*
CONCHA MENDEZ: *Lluvias enlazadas.*
JOSE MARTI: *Versos libres.*
GUSTAVO A. BECQUER: *Rimas (en 2 V).*

Precio del Ejemplar: $0.20

Pedidos a la Imprenta "LA VERONICA"
CALLE 23 No. 409, VEDADO
Y CALLE 21 No. 261, VEDADO

Para tener una Biblioteca perfecta encuaderne sus libros en nuestros talleres, que cuentan con los mayores adelantos, director y personal expertos, reconocidos por todos los bibliógrafos nacionales y extranjeros que han recibido libros empastados - - - por nosotros. - - -

Encuadernación *BELMONTE*

MAXIMO GOMEZ, 60

ENTRE PASEO DE MARTI Y AGRAMONTE

TELF. A-8151 LA HABANA

EN LA COLECCION

"HEROE"

Bajo la Dirección de CONCHA MENDEZ
y MANUEL ALTOLAGUIRRE

Acaban de Aparecer:

Juan Marinello:
MOMENTO ESPAÑOL
$0.40

Emilio Ballagas:
JUBILO Y FUGA
$0.40

Manuel Navarro Luna:
PULSO Y ONDA
$0.40

Alberto Riera:
AMOR DE LA TIERRA
$0.60

Regino Pedroso:
MAS ALLA CANTA EL MAR...
$1.00

PREMIO NACIONAL DE LITERATURA, 1938

EN PRENSA:

La primera edición castellana de los cuentos cubanos de Lydia Cabrera